

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 371.

SUMARIO

Los nuevos pozos de nieve de la villa de Paris en el bosque de Boulogne; grabado. — Revista española. — Voluntarios vascongados en Marruecos; grabado. — Guerra de Africa; grabado. — Primer gran baile dado en Tullerías; grabado. — Revista de Paris. — La esperanza. — Canje del tratado de comercio concluido entre la Francia y el Japon; grabados. — Expedicion de Cochinchina; grabado. — El doctor Antonio. — Inauguracion de la iglesia ortodoxa del rito oriental en Niza; grabado. — M. Thouvenel; grabado. — Destrozos causados en la Nemesis en la accion del 18 de noviembre delante de Turana; grabado. — De omnibus rebus. — Amor predestinado. — Revista de la moda. — Demolicion de la muralla de Paris; grabados.

Los nuevos pozos de nieve de la villa de Paris en el bosque de Boulogne.

Están terminados ya los pozos de nieve cuya construcción emprendió la villa de Paris en el bosque de Boulogne entre las fortificaciones y el ferro-carril de Auteuil, y gracias á las heladas del mes de diciembre último, se han podido llenar con 17,000 metros cúbicos,

que deduciendo el desperdicio permitirán entregar al consumo este verano 10 millones de kilógramos de nieve. Se ocuparon en llenar los pozos 250 carros con uno y dos caballos y 300 hombres.

Lejos de explotar en su provecho el monopolio que una provision tan considerable podria constituir, la villa de Paris debe por el contrario imponer á los arrendatarios de sus pozos las condiciones siguientes, que serán de las mas favorables para los consumidores.

El precio máximo de 25 kilógramos en adelante llevados á domicilio, no podrá pasar de 10 céntimos por kilógramo, y el precio de venta por fracciones inferiores á 25 kilógramos, tomadas en los depósitos, será de 20 céntimos por kilógramo. — Es de advertir que el derecho de puertas que paga la nieve es de 6 céntimos por kilógramo.

G. F.

Casandra. — Abundancia de comedias. — El Padre de los pobres. — Luz eléctrica en el teatro. — Cuestion de parecido. — Novedades (teatro). — Enfermedad de Lope de Vega. — Otra zarzuela aplaudida. — Funcion en celebridad de Calderon de la Barca. — La Muerte. — Presentacion de la reina en Atocha. — Guerra de Africa.

Este año es el de 1860. Tiene la particularidad de constar de doce meses y de cuatro estaciones, debiendo empezar la primavera así que el invierno que acabó con 1859 termine las picardías que tiene proyectadas, y dé fin al repuesto de pulmonías que va repartiendo desde que empezó á dirigir las nubes y los aquilones.

Eclipses habrá varios, mas ó menos visibles. Así por ejemplo se eclipsará el sol los dias nublados, y se eclipsarán algunos deudores á los ojos de sus acreedores.

Las cosechas serán en ciertos puntos mas abundantes que en otros, y generalmente hablando, al que tenga dinero no le faltarán diversiones en que gastarlo.

Muchas mas cosas pudiera ir diciendo, que indudablemente sucederán en el año entrante; pero como supongo que mis lectores no tendrán prisa por marcharse antes de acabar los doce meses, me las callo, y así les harán mayor efecto y tendrán el mérito de la sorpresa.

Revista Española.

Profecias de año nuevo. — Bailes y teatros. — La señora Ristori. — Estreno de una tragedia. — Isabel de Inglaterra. —



LOS NUEVOS POZOS DE NIEVE DE LA VILLA DE PARIS EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.

Por de pronto, enero no quiere ir en zaga á diciembre en punto á diversiones. Los bailes de máscaras han empezado con toda la fuerza de costumbre para regocijo de los aficionados á modistas, y los teatros, aunque llevan este invierno una vida bastante solitaria, se afanan sin embargo probando fortuna en multitud de estrenos.

Para hablar de ellos creo que debe empezarse por las funciones extraordinarias, ó lo que es igual, por las representaciones que ha dado la señora Ristori en los teatros Real y de Variedades. La eminente trágica es hoy la misma que vimos en 1857; por lo tanto creo excusado repetir el juicio que formé de ella en mis revistas de aquel tiempo. ¿Quién, entonces como ahora, no se admira al verla, ya dando vida á la apasionada figura de Medea, ya retratando al vivo la desgraciada María Stuardo? En Judit, en Camma, en Fedra y en otros varios papeles, ha sido aplaudida ahora como antes, y en nuevas tragedias nos ha dado otras no menores muestras de su gran talento. Son estas últimas: el *Poliucto*, de Corneille; *Cassandra*, de Somma; *Angelo*, de Víctor Hugo; *Isabel de Inglaterra*, de Giacometti, y *Bianca Maria Visconti*, del mismo, estrenada á beneficio de la aplaudida actriz.

El *Poliucto* pareció lo que es, una tragedia lánguida en demasia. Aquellas interminables relaciones, aquella multitud de confidentes, de los que sale siempre uno detrás de cada personaje á manera de ordenanza ó trompeta de órdenes, todo aquel lujo en fin de clasicismo, se hace hoy intolerable en la escena, y á no ser por el acto final, en que el interés crece algun tanto, y mas que nada por la excelente ejecucion que tuvo, la obra del gran Corneille no hubiera dejado muy grato recuerdo á los espectadores. Tampoco puede decirse que ha conseguido fortuna en Madrid la *Cassandra*. El señor Somma hace una especie de melodrama romántico con los héroes de la Iliada, lo cual es una verdadera diablura; y el público aplaudió á la señora Ristori, pero no quedó contento del poeta.

Mas feliz *Isabel de Inglaterra* fué oída dos veces con gusto, y lo merece ciertamente, porque es un drama que tiene interés y situaciones de efecto. Abrazando en su plan casi todo el reinado de la rival de María Stuardo, claro es que la unidad de tiempo no existe en el drama; pero esto, que podrá ser un defecto para los clásicos, no lo es para el espectador. Cuando este se siente interesado por caracteres bien desenvueltos y lances que le tienen inmóvil y sin respirar, no necesita otra cosa para decir que aquello es bueno, á pesar de todas las reglas literarias. La figura de la reina Isabel, que descuella entre las demás, es un retrato sacado de la mayor parte de los historiadores ingleses. Hipócrita y falsa, finge compasion hacia la soberana de Escocia, cuando la libertad y la vida de esta dependen de su voluntad, firmando la sentencia de su muerte y castigando sin embargo al secretario que la habia hecho cumplir. Ama al conde de Essex, y le ve á pesar de su amor subir al cadalso sin tener valor para librarle; y vieja, odiada de los que la rodean, muere atormentada por los remordimientos, y sin querer soltar hasta el postrer instante aquella corona por cuya conservacion habia ahogado todos los dulces impulsos del pecho. Ocasiones dan en este cuadro para lucir su maestría á la señora Ristori ya el momento en que firma la sentencia de la Stuardo, ya la escena entre Isabel y el conde de Essex, ya aquella otra en que su alma de mujer enamorada la impulsa á salvarle la vida, mientras su soberbia de reina se lo impide, ya en fin todo el último acto, donde retrata al vivo hasta con sus menores detalles los últimos momentos de una vieja ambiciosa y malvada; demostracion de profundo conocimiento teatral, porque nada hay mas fácil que convertir aquel carácter en caricatura. Representado por una actriz vulgar haría reír; caracterizado por la señora Ristori estremece.

La otra vez que la vimos en la córte estrenó la tragedia *Giuditta* con aplauso general; ahora tambien ha dado á conocer en las tablas otra nueva produccion del mismo autor por mas señas. Hablo de la tragedia *Bianca Maria Visconti*, de Giacometti, hecha en su beneficio. El público español, no acostumbrado al género de las modernas tragedias italianas, ha encontrado esta demasiado horrible, no quedando satisfecho al ver sin castigo claro y palpable el crimen. Nuestros paisanos no se van contentos á la cama si no dejan al traidor en el camino de la horca, ó por lo menos le ven morir por los mismos medios que preparaba para agasajar á sus víctimas.

Frio pareció tambien el primer acto, que no sirve mas que para explicar á los oyentes el período de historia italiana que van á recorrer; explicacion inútil, porque en la escena mas efecto producen los sucesos que las narraciones, por buenas que estas sean. En cambio en los demás actos el interés crece, y lo odioso del carácter del duque Galeazzo se compensa con la nobleza de alma de su madre, que muere envenenada lentamente por aquel, perdonando al hijo, ocultando el crimen y dejando solo á Dios el castigo del criminal. La señora Ristori está admirable en este papel. Su noble aspecto, la enérgica movilidad de sus facciones y aquella manera tan natural de llorar arrancan entusiastas aplausos, cuando el duque manda separar á Bianca de su hija Isabel, único consuelo en su afliccion; cuando aquella quiere convencerse á si misma de que es imposible que un hijo atente á la vida de su madre, y cuando se presenta al malvado como salida de la tumba para echarle en cara su horrendo crimen. Los demás actores de la compañía ayudaron al buen desempeño de la obra, principalmente el señor Majeroni. Ha encontrado pues la señora Ristori un nuevo cuadro donde poder lucir sus inestimables dotes artísticas.

En resumen: 17 representaciones ha dado en la córte española, repartidas de esta manera: *Giuditta*, 2 veces; *María Stuardo*, 2; *Angelo*, 1; *Medea*, 2; *Pia de Tolomei*, 1; *Fedra*, 1; *Poliucto*, 1; *Isabel de Inglaterra*, 2; *Francesca da Rimini*, 1; *Cassandra*, 1; *Bianca Maria Visconti*, 1; *Camma*, 1; *Adriana Lecouvreur*, 1. Anunciase que volverá á Madrid para marzo; y no nos pesaría ciertamente á los aficionados á teatros que así fuese.

Sigue la abundancia de comedias nuevas en este mes, y sigue el público tan descontentadizo y tan displicente como en los anteriores. En el Circo se tenían grandes esperanzas en el drama del señor Eguilaz, el *Padre de los pobres*, habiendo hecho gastos para ponerlo en escena con todo lujo; pero la mala suerte de aquel antes afortunado teatro continúa teniéndole solitario. Verdad es que el *Padre de los pobres*, por mas que en algunas buenas situaciones dé á conocer que ha sido escrito por un hombre de talento, no puede tenerse por una feliz creacion escénica. Abundan allí demasiado las pláticas morales, que hacen monótona la presencia de San Juan de Dios, personaje que si descuella por su virtud entre los demás, no sobresale en cambio por lo interesante. El amante, libertino primeramente y convertido luego por los milagros del santo, y la doncella que este salva al borde del abismo, son los que excitan la curiosidad del auditorio: San Juan de Dios es únicamente una *máquina*, como dicen los autores de poética; un refuerzo que aparece en los trances apurados para destruir los planes del demonio. Hay en el drama un lego que acompaña constantemente al piadoso protector de los pobres, y que debia hacerle ejercitar no poco la paciencia, porque es insubordinado, pendenciero y entrometido como él solo; y como si el poeta no hubiera cargado ya bastante esta caricatura, el actor la da todavía mayor bulto, resultando de los esfuerzos de uno y otro, tan grotesco aquel personaje, que por sí solo se escapa á ocupar su puesto en un sainete.

Este drama ha sido adornado con decoraciones nuevas, aparato de luz eléctrica para figurar el argentado resplandor de la luna, procesiones, incendios, edificios que se desmoronan, y otros recursos que excitan la curiosidad; pero esta no se ha excitado, y el Circo sigue en desgracia como antes dije.

El Príncipe nos presenta dos comedias de costumbres; la primera de don Manuel Breton de los Herreros, y la segunda de los señores Serra y Larra. Vamos á dirigir las una ojeada. La obra del mas fecundo de nuestros buenos dramáticos modernos puede decirse que es una mas en su coleccion. Con un asunto sencillo, entretiene sin embargo agradablemente; y como todas las suyas adórnase con diálogo ameno y rico en oportunos chistes. *Entre dos amigos*, que así se llama, hubiera en otro tiempo excitado mas la atencion; hoy como la gente se ha propuesto no confesar lo que le gusta, unos dicen: «si: es bonita; pero Breton debia ya proponerse demostrar alguna idea filosófica;» mientras otros exclaman: «á mi no me basta reirme; necesito que suceda algo; estas escenas las veo yo en mi casa, sin que me cueste el dinero.»

Los Infieles se nombra la segunda novedad ofrecida por la empresa del Príncipe: llena tambien de gracias, el público la ha dispensado buena acogida; algunos periódicos sin embargo la han encontrado semejanza con una piececita de Paul de Kock llamada *les Infidèles*, lo que ha producido un comunicado del señor Larra, uno de los autores, y réplicas de los críticos.

En cuestiones de parecido el mejor juez son los ojos: yo me callo por lo tanto, que si alguno de mis lectores quiere dar su voto en la cuestion, impresas tiene las dos comedias, léalas, y juzgue por sí mismo.

En Novedades han aparecido tres: *el Médico de aldea*, traduccion de don Juan Benedicto y Lombardia, *los Hijos del pueblo*, que lo es de don Juan Belza, y *Madrid en 1818*, original de don Manuel Ortiz de Pinedo, á quien han encontrado tambien algunas reminiscencias de obras extranjeras. Todas tres han gustado; todas han recibido su racion de aplausos; pero todas han muerto muy pronto, por mas que á la segunda se le hayan encontrado tendencias moralizadoras, y á la última fin político y un tantito democrático.

Lope de Vega es tal vez el mas enfermo de los teatros. Segun todos los síntomas deben quedarle pocos momentos de vida. Dos estrenos hallamos en él: original el uno de don Felipe Carrasco y de Molina, y version el otro del actor don José María Garcia, con el título de *las Manos blancas*, de la comedia *les Petites mains*.

Reo y juez que se apellida aquel, ha tenido buen éxito, aunque tambien la prensa haya disputado al autor la originalidad del pensamiento, suponiéndolo tomado de una novela traducida del francés y publicada recientemente en los folletines.

Una nueva zarzuela de los señores Camprodon y Gaztambide, traducida y con el nombre de *El diablo las carga*, ha venido á renovar los tiempos en que se aplaudia en el teatro de la calle de Jovellanos. El asunto tiene alguna semejanza con el de *Jugar con fuego*, reduciéndose á que un caballero de elevada clase enamora por orden superior á una jardinera de Aranjuez como pura broma, viniendo á quedar enamorado de veras y casado con la muchacha, que es muy bonita por supuesto, como todas las jardineras de teatro. No tan lisonjera acogida han encontrado en aquella misma sala otras tres obras lírico-dramáticas en un acto que precedieron á la que acabo de citar, y son *Contra viento y marea*, de don Francisco Palacios y Toro, con música de don Luis Martín; *la Franqueza*, de don Joaquín Villanueva, con música de don Mariano Vazquez, y

los Dos primos, traduccion de don Ricardo Vega, con música del señor Fernandez Caballero. De ellas la segunda es la que mejor ha conseguido sostenerse.

Piezas en un acto se han estrenado dos: de ellas es original una loa representada en una funcion que el Circo dedicó á beneficio de los heridos de la guerra de Africa. Titúlase *la Cruz de la redencion*, y la otra *el Portero es el culpable*, que es traduccion del actor don Juan Catalina, y consiguió hacer reir mucho en el beneficio de este.

El día 17 se celebró el aniversario del nacimiento de Calderon, ejecutándose por la compañía del señor Romea la preciosa comedia de aquel grande ingenio *Fuego de Dios en el querer bien*, y el entremés del mismo *la Muerte*. El público se rió grandemente con una y otra obra, aplaudiendo el ingenioso enredo de la primera y los sencillos y naturales chistes de la segunda. Las pocas veces que la mojiganga de *la Muerte* ha sido puesta en escena, siempre ha conseguido excitar la risa, y ¿quién no se rie al presenciar los apuros de aquel caminante que se duerme con la bota á la cabecera por no ver fantasmas, y al despertar, sin saber que ha volcado cerca de aquel sitio un carro de cómicos, se encuentra de manos á boca con un demonio que sale santiguándose y diciendo:

Hombre: quien quiera que seas
¡Gracias á Dios que te encuentro!

« ¡ Buen cristiano es este diablo! » exclama el caminante; pero en seguida aparece un ángel con una cruz murmurando:

Reniego
De compañía con tantos
Azares.

CAMINANTE.

Aun peor es esto.
Renegando de mí viene
Ya que vine, por traerlo
A tan mala compañía.

Déjase ver en seguida el cuerpo, con el alma en brazos.

ALMA.

Ya vengo
Mas aliviada.

CAMINANTE.

Señora
Alma, que mire la ruego
Que no lo dije por tanto.

CUERPO.

Con todo: ir á ver pretendo
Si hay por aquí en que albergarte.
Hombre; en tus manos te dejo
El alma: cuidame de ella
Mientras yo por ella vuelvo.

CAMINANTE.

Señor diablo, aquí está el alma;
Señor ángel, aquí el cuerpo;
Repártanlo entre los dos,
Y déjenme á mí ir huyendo.

(Sale la MUERTE con guadaña.)

MUERTE.

¿Dónde has de ir, si has de ser
Tú, en quien me vengue el primero?

CAMINANTE.

Esto solo me faltaba.

MUERTE.

¿Con quién se puede hacer esto
De no acordarse de mí
Y dejarme hasta el postrero
Estar debajo del carro?

CAMINANTE.

¿Pues porqué se enoja deso?
¿Quién no dejó para postre
Hacer de la muerte acuerdo?

MUERTE.

Hoy morirás á mis manos...
Pero, ¿qué es lo que allí veo?
¿Qué bota es esta?

CAMINANTE.

La almohada
Sobre que yo estoy durmiendo
Todavía, pues estoy
Viendo que la vida es sueño.

MUERTE.

Agradécele á mi sed
El que en tu bota me vengo
Primero que en tí.

CUERPO, á la alma.

El susto
Repara, cobra el aliento
Y bebe siquiera un trago.

ALMA.

Por obedecerte bebo.

CAMINANTE.

Como el alma es tan devota
Se eleva mirando al cielo.

ANGEL.

Acabe, pese á su alma
Que mas necesidad tengo
Yo.

CAMINANTE.

No bebe mal el ángel.

DEMONIO.

Venga; que de sed reviento.

CUERPO.

Tambien tomaré yo un trago,
Si es que ha quedado.

DEMONIO.

Acabemos...

Mas por Dios, que ya está enjuta.

La compostura del carro y la llegada de una cuadrilla de gallégo y otra de jitanos ponen término á la funcion, cantando y bailando todos despues de convenirse de que el alma y el cuerpo, y el ángel y la muerte no son otra cosa que comediantes.

Para concluir la reseña de teatros, apuntaré la apertura del francés que ha tenido lugar el dia 28, y dirigiendo una ojeada al Real le veremos pasando las noches para llenar abonos, sin haber dado nuevo en todo el mes otra cosa que *I Masnadieri*, de Verdi, desempeñada por la señora Fioreti y los señores Naudin y Squarcia. El éxito de esta ópera, que en Madrid solo habia sido cantada por una modesta compañía que hace algunos años ocupó un teatrillo de la calle de Alcalá, ha sido bueno, aun cuando de seguro no producirá grandes entradas.

Como cosa teatral, ya que el mundo no es mas que un teatro, pienso dar á mis lectores un curso de *virtudes sociales*, ó sea un catecismo de urbanidad y filosofía prácticas, empezando hoy como es justo por la introduccion, que es como sigue:

Calla, público, y escucha,
Si me quieres escuchar,
Y pues tragas tanto malo,
Traga este poquito mas.

De aplausos llena mi oído;
Mis bolsillos de metal,
Y las puertas de la fama
Abreme de par en par.

Yo soy aquel literato
Cuyo nombre anduvo ya
Luciéndose en las esquinas
Con otros de autoridad.

Yo el que en un día blandiendo
De Melpomene el puñal
Calcé el coturno á los pavos
Con trágica dignidad.

Hoy con númen filantrópico
Quiero á tu vista mostrar
Las mas selectas virtudes
Que adornan la sociedad.

Hijo de estudios profundos
Y de luengo cavilar,
Voy á darte en pocas hojas
Un catecismo social.

Padres, que mirais fecundo
Vuestro tálamo nupcial,
Y á la virtud pretendéis
Vuestros retoños guiar,

Venid, compradles mi libro,
Y en sus hojas hallarán
Al destrozarlo y leerlo,
Tranquilo y grato solaz.

En él va la quinta esencia
De la mas sana moral;
¿Qué mejor feria en setiembre,
Y aguinaldo en Navidad?

Vosotros, que á la futura
Generacion en agraz,
Al compás de las palmetas
Empezais á iluminar,

Dejad las viejas cartillas
Y los catones dejad,
Sirva mi libro de texto
Y llegue á ser popular.

Así lograrán los niños
De ciencia rico caudal,
Y sabrán filosofía
Al saber deletrear.

Y aprenderán poco á poco
Desde la primera edad
El modo mas conveniente
De crecer y prosperar.

Y fácilmente con esto
Podrá saber cada cual

Lo muchísimo que vale
Ser elegante y audaz.

Sabrá que á fuerza de duelos
El mundo le temerá,
Y que ser espadachin
Es una necesidad.

Que si no tiene paciencia,
Debe el suicidio llamar
A balazos, ó en las aguas
Encontrarle del canal.

Sabrá ser mono de goznes,
Sin que se olvide jamás
Del gesto que está de moda
Al reír y al saludar.

Sabrá, si limosnas diere,
Que no es el dar lo esencial,
Sino el hacer que lo cante
Todita la cristiandad.

Sabrá que llevar del brazo,
Dar la mano y tutear,
Son pruebas indispensables
De la mas pura amistad.

Sabrá que ya la modestia
Solo en alabarse está,
Y que todo el que la tiene
Lo debe de publicar.

Y sabrá mil otras cosas
Que en el texto se dirán,
Y podreis ver fácilmente
Si lo llegais á comprar.

Al que lo hiciere, en el acto
Le pondré en lista al final,
Y así que suelte el dinero
Tendrá opcion á un ejemplar.

El dia 23 se verificó con la solemnidad acostumbrada la presentacion en la iglesia de Atocha de S. M. la reina despues del nacimiento de la infanta Doña María de la Concepcion ocurrido el 26 de diciembre último. A pesar de lo desapacible y frio del dia, una numerosa concurrencia poblaba las calles y el salon del Prado para ver la real familia y el lujoso acompañamiento. No describiré detenidamente este, por ser casi el mismo que vió el pueblo de Madrid cuando el nacimiento del príncipe de Asturias, y de que ya di cuenta en mis revistas, pero no dejaré de mencionar, que entre las cosas que mas llamaron la atencion en tan lujosa comitiva, se contaban 22 magníficos caballos de persona con riquísimas monturas, llevados de la brida por otros tantos criados. Dos de aquellos eran árabes con jaeces orientales de exquisito gusto y de gran valor.

Diez y ocho eran las carrozas que conducian el régio acompañamiento, habiéndolas en ellas del mayor lujo, una de concha, otra de caoba y la de la corona real que ocupaban SS. MM. Las diez y ocho yeguas y los noventa y cuatro caballos que servian estos coches eran notables por su gallardia y arrogancia, distinguiéndose sobre todos los ocho alazanes del coche de respeto de S. M., que lucian riquísimos penachos rojos y blancos, y los ocho tordos que arrastraban el coche régio, con lujosos penachos blancos y guarniciones de extraordinaria riqueza.

Los criados que servian estos carruajes vestian ricos trajes; á la federica los de los dos coches régios; antigua librea de galon los de las personas reales y jefes de palacio, y antigua de franja los de la servidumbre de los infantes. El número de los criados era: 48 tronquistas, 48 delanteros, 32 lacayos y 130 palafreneros.

La reina vestia un rico traje blanco adornado de oro y terciopelo grana con el manto real, tambien encarnado y oro, luciendo en la cabeza una magnífica diadema de diamantes y perlas. El rey iba de capitán general con el Toison de oro, y las grandes cruces de San Fernando y Carlos III.

Al estribo derecho de la real carroza marchaban á caballo el general marqués del Duero y el general Hoyos. A la izquierda el general Lemery, gobernador militar, y detrás los directores de las armas residentes en Madrid y varios generales, con sus ayudantes y los de S. M. el rey.

Cerraban la marcha una numerosa escolta de húsares, un regimiento de coraceros y otro de lanceros.

La iglesia de Atocha se hallaba ricamente colgada, y la fachada exterior del edificio y el patio adornados de banderolas, colgaduras, ramaje y trasparente. A las dos y media SS. MM. ocuparon los sillones que tenian dispuestos á la izquierda del altar, llevando la reina en brazos á la augusta recién nacida, que conservó en ellos durante toda la ceremonia.

Enfrente del trono y á la derecha del altar, estaba colocada la tribuna del cuerpo diplomático extranjero; seguian despues en el mismo lado y por su orden, la de grandes, capitanes generales, individuos del extinguido consejo de Estado y tribunales supremos, la del gobernador civil, corregidor y ayuntamiento; la del tribunal de la Rota, y la de gentiles-hombres de cámara y del interior.

A la izquierda y detrás de SS. MM., se hallaba colocada la tribuna de damas de S. M. Seguian despues la de grandes, capitanes generales, la de los caballeros del Toison de Oro, la de las servidumbres de SS. MM. y AA., la de generales, capitán general y directores de las armas, la de la Asamblea de órdenes y cuerpo colegiado

de la nobleza, y por último, la del jefe superior de administración de la real casa y jefes locales de la misma. Despues de cantarse el magnífico *Te Deum* del maestro Eslava, una solemne letanía y *Te Deum*, terminó la ceremonia presentando S. M. la augusta infanta al Santo-Cristo, en la capilla de este nombre, que se halla á los piés de la iglesia.

Al dia siguiente hubo besamanos en palacio, tan brillante como siempre, y para solemnizar de una manera digna el natalicio de la augusta infanta, repartiéronse de órden de S. M. limosnas á las casas de beneficencia, que con las repartidas anteriormente, llegan á una suma considerable.

De Africa recibense todos los dias partes anunciando nuevas glorias. Despues de reñidos combates encuéntrase el ejército ya enfrente de Tetuan, habiendo ocupado la ria que conduce desde el mar á la plaza.

Un nuevo cuerpo de ejército á las órdenes del general Rios ha desembarcado en aquel punto, y en Barcelona se hizo á la vela los dias pasados un vapor conduciendo el batallon de voluntarios de Cataluña, uniformados con el traje del pais.

Tambien los tercios vascongados se preparan para partir en breve á tomar parte en las faenas de la guerra.

Referir detenidamente los actos de valor de nuestros soldados seria tarea agradable, pero no habrán dejado de verlos consignados mis lectores en todos los periódicos. La toma de Tetuan nos dará indudablemente nuevos motivos para ensalzar su valor.

Madrid 31 de enero de 1860.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Voluntarios vascongados en Marruecos.

Las provincias Vascongadas, á pesar de sus fueros, á pesar de la diferencia de lenguaje, usos y costumbres que las separa del resto de las provincias de la península, son muy entusiastas por las glorias de la España, y muy adictas en el día á la reina, aunque hace veinte años defendieron la causa de Don Carlos con encarnizamiento, pues los vascongados se han distinguido siempre por su arrojo.

Cuando se declaró la guerra contra los marroquíes, esas provincias, siguiendo el impulso que se manifestó en toda España, ofrecieron al gobierno imponerse un sacrificio extraordinario, levantando un cuerpo de voluntarios que las tres provincias sostendrán por su propia cuenta: este cuerpo tiene el nombre de *tercios vascongados*. El uniforme es distinto del que usan los soldados del ejército español, y se parece un poco al de los zuavos franceses. Los oficiales son elegidos por el gobierno.

El general Latorre, hijo del pais, tiene el mando superior de los tercios. Ese bizarro oficial ha estado en Paris últimamente de paso para Inglaterra y Bélgica, donde debia comprar las armas de precision destinadas al armamento de sus tropas.

El *Irurac-Bat*, periódico de Bilbao, dice en uno de sus últimos números, que se ha decidido que esos soldados llevarán barba á ejemplo de su general comandante.

Es muy notable la orden general que dió en San Sebastian el dia 20 el general en jefe del quinto ejército despues de revistar el segundo tercio vascongado. Despues de decir que ha encontrado los voluntarios en un estado de organizacion perfecta, disciplinados como veteranos y adelantada su instruccion, añade el general Marchessi:

«Valientes y honrados guipuzcoanos: recordad vuestra historia militar y marinera en otras edades: ella tiene hechos heroicos que enaltecieron á vuestros padres y contribuyeron á la gloria nacional. — En las páginas de vuestro libro de proezas hay hojas en blanco que llenar: dad principio á este nuevo diario, como el gran Cristóbal Colon, con el cristiano título de EN EL NOMBRE DE DIOS; él os protegerá; la patria admirará vuestros hechos, y la reina recompensará debidamente los servicios que prestéis.

» En Hernani existe enterrado el valiente guipuzcoano, hijo de aquel pueblo, Juan de Urbieta, que en una célebre batalla hizo prisionero á un rey. ¿Sereis tan afortunados que hagais un presente parecido á la segunda Isabel, nuestra reina y señora? — Los pueblos heroicos necesitan mas de un ejemplar de estas acciones. Yo espero que al incorporarse el tercio de Vizcaya á la division vascongada, el lema de *Irurac-Bat* representado en las banderas de los tercios, demostrará que no es una vana leyenda, sino la unidad de honor y gloria de las tres provincias hermanas.»

Guerra de Africa.

ACCIONES DE LOS DIAS 7, 8 Y 10 DE ENERO.

Continuamos dando á nuestros lectores los partes oficiales de las batallas y hechos de armas mas importantes que tienen lugar en el territorio africano, con sus dibujos correspondientes. Hé aquí el que trata de las operaciones practicadas en los dias 7 y 8 del actual desde el pié del monte Negron á las colinas del valle del rio Asmir, que debemos insertar para la completa inteligencia del relativo al combate del 10, á que se refiere nuestro dibujo:

Ejército de Africa. — Excmo. señor: El dia 7 del ac-

tual levanté el campamento que ocupaba el ejército al pié del monte Negron sobre el valle del rio Mnuel, poniéndolo en marcha entre el citado monte y la playa en direccion á Tetuan. El movimiento se verificó sin obstáculo alguno, y al anochecer acampaban todas las tropas y su material en las colinas que cierran por el Norte el valle pantanoso de Asmir, formando las últimas estribaciones del monte Negron.

A la una de la tarde del siguiente se presentaron algunos grupos de moros por las alturas que se enlazan hácia el Oeste con nuestro campo: apenas apercibido de su movimiento el general conde de Reus, que con el segundo cuerpo de ejército de su interino mando cubria aquel frente, dispuso que los dos batallones del regimiento de Castilla, los de cazadores de Alba de Tormes y Chiclana, y finalmente, el regimiento infantería de Toledo con el brigadier don Luis Serrano, jefe de la primera brigada de la segunda division, ocupasen las posiciones avanzadas de nuestro campamento, quedando las restantes fuerzas del segundo cuerpo sobre las armas y dispuestas á acudir adonde fuese necesario.

El enemigo rompió el fuego con su acostumbrado desorden, presentándose siempre en grupos aislados mas ó menos numerosos, y con alguna caballería que escarceaba aisladamente sin presentar nunca masa de importancia.

Nuestras guerrillas contestaron con éxito, distinguiéndose las de Castilla, que avanzaron con decision á ocupar las posiciones de la extrema izquierda; pero viendo que el fuego iba adquiriendo bastante intensidad por ambas partes, hice lanzar algunas granadas por las baterías que se hallaban ya en posicion, cuyo efecto acabó de contener al enemigo, que se retiró al anochecer sin haber vuelto á pisar las posiciones que invadió al principio, y de donde fué rechazado por nues-

série de colinas escalonadas que constituyen la segunda de dichas estribaciones, cubierto al abrigo de los bosques y maleza, rompió un vivo fuego contra nuestras avanzadas, mientras que al notar su presencia, hacia avanzar el general conde de Reus, comandante en jefe interino del segundo cuerpo, al primer batallon del regimiento infantería de Saboya y otro de Córdoba á ocupar sin dilacion las primeras alturas de nuestro frente, estableciendo convenientemente en ellas sus

tras tropas, las cuales se replegaron en buen orden á su campamento.

Nuestras pérdidas consistieron en un individuo de tropa muerto, dos oficiales y 28 individuos de tropa heridos, y un oficial y 7 individuos de tropa contusos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle del Asmir 13 de enero de 1860. — Leopoldo O'Donnell. — Excmo. señor ministro de la Guerra.

Sobre el combate ocurrido el 10 en el valle de Asmir dice el general en jefe lo siguiente:

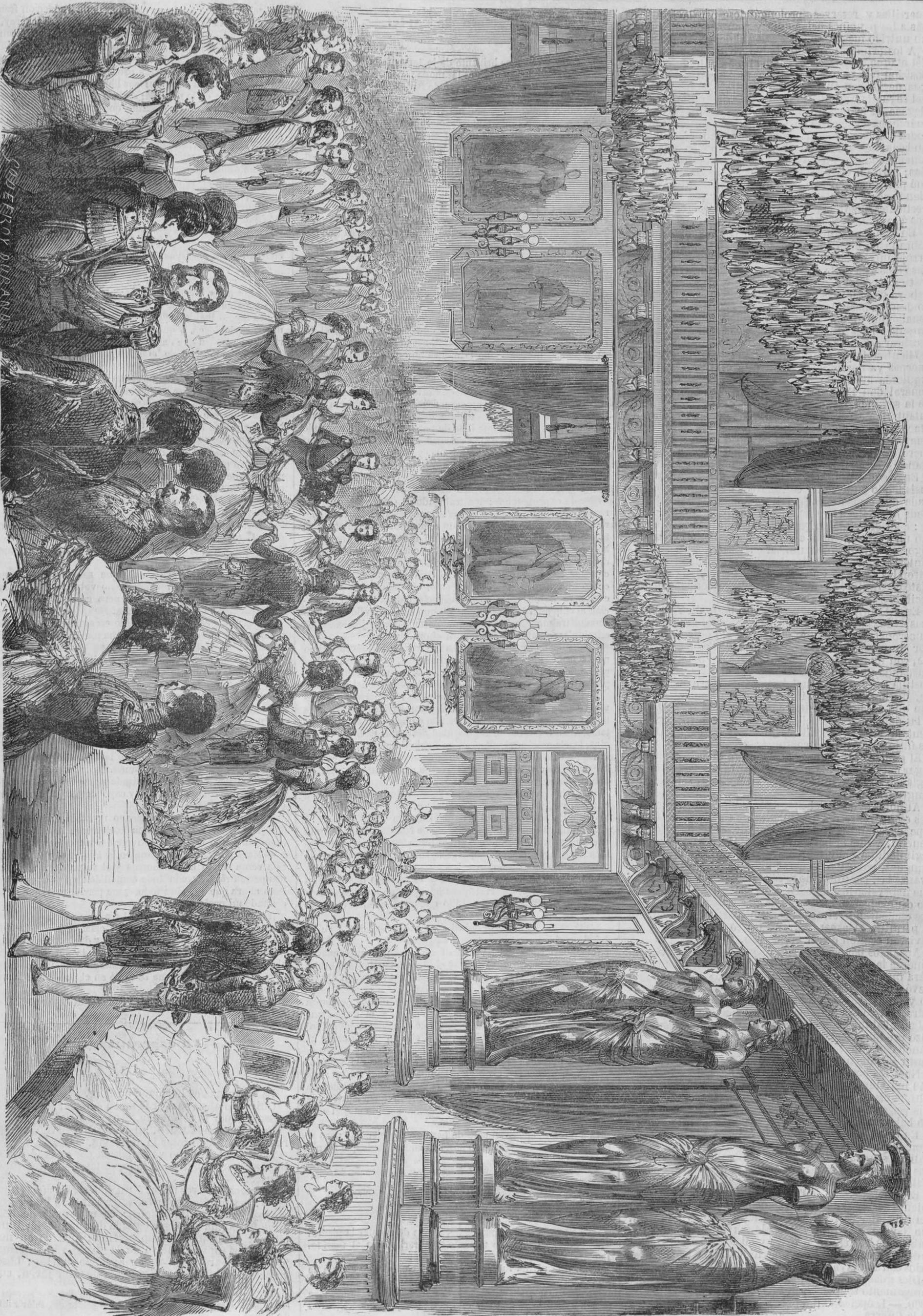
Ejército de Africa. — Excmo. señor: El día 10 del actual, á la una de la tarde, volvió el enemigo á presentarse en grupos muy considerables que se aumentaban incesantemente sobre la tercera de las sucesivas estribaciones que partiendo del monte Negron, vienen á terminar en las lagunas del Asmir, al Sur de nuestro campamento, y amagando en su dispersa formacion abrazar toda la



GUERRA DE AFRICA. — LOS TIRADORES VASCONGADOS.



GUERRA DE AFRICA. — COMBATE DEL 10 DE ENERO Á LA ENTRADA DEL VALLE DE TETUAN.



PRIMER GRAN BAILE PADO EN TUILERIAS. — La cuadrilla de honor en el salon de los Mariscales, última figura.

guerrillas y reservas, prolongándose por la izquierda hasta los pantanos del Asmir y rompiendo en seguida un nutrido fuego en contestación al del enemigo.

A los primeros tiros me había yo trasladado al lado del ataque, cuyo frente, como el más vulnerable de la posición que ocupa el ejército, tenía con anticipación guarnecido con 18 piezas de artillería de montaña, 12 del segundo regimiento montado y 4 de posición. A mi llegada, el primer batallón del regimiento de Castilla marchaba á colocarse en la vertiente interior de la primera posición, mientras que el enemigo, creciendo en audacia, adelantaba en esparcidos grupos su caballería, amenazando sucesivas cargas contra nuestras guerrillas; pero un vivo cañoneo de las 34 piezas, que no me fué preciso sostener más que algunos minutos, esparciendo sus bien dirigidas granadas por los bosques y vertientes, hizo instantáneamente salir de aquellos abrigos á los desconcertados grupos de hombres y caballos.

En este momento el batallón de Castilla, apareciendo sobre la cumbre de la colina que lo resguardaba, se arrojó intrépidamente á la bayoneta, apoderándose al paso de carga de la segunda serie de alturas, donde se sostuvo con bizarría, secundado por las guerrillas de Saboya y Córdoba, seguidas de sus reservas, y avanzando despues hasta la tercera línea, de donde desalojó con igual éxito al enemigo, resistiendo vigorosamente su empuje en las diferentes acometidas con que intentó recobrar aquella posición.

Mientras la primera división, á la que pertenecen los cuerpos ya nombrados, obraba de esta suerte, por la izquierda al mando de su general don José Orozco, el general don Enrique O'Donnell, comandante general de la segunda, situó el primer batallón del regimiento infantería de Toledo en la extrema derecha del frente atacado, apoyado á retaguardia por el segundo, hasta que generalizado el fuego, marchó á reunirse al primero, quedando en reserva el batallón cazadores de Chiclana, y escalonado más á retaguardia uno de Navarra.

Engrosadas mientras tanto las fuerzas del enemigo é insistiendo en avanzar con marcada audacia, acompañada de la más salvaje gritería, el general conde de Reus juzgó llegado el momento de obrar energicamente: á su orden de ataque, repetida en toda la línea, se dió un avance general á la bayoneta, lleno del brio y vigoroso empuje que tanto caracteriza ya á nuestra infantería, y arrollando los batallones al enemigo, ocuparon las terceras y últimas posiciones, donde se había visto poco antes su concentración, y por donde se notaba recibir sus refuerzos.

En este brillante ataque el regimiento de Toledo, el más avanzado de todos sobre la derecha, al mando de su coronel don Antonio Navazo, se vió obligado á cargar cinco veces á la bayoneta, dos de ellas á la caballería, con una energía y union dignas del mayor elogio, quedando por fin dueño de la posición disputada. El de Castilla avanzó con igual éxito por la extrema izquierda, distinguiéndose asimismo por el ánimo y empuje con que arrolló á cuantos enemigos se le presentaron, y las demás fuerzas del centro marcharon siempre con ventaja á dejar formada la nueva línea de batalla en las últimas posiciones conquistadas.

El general conde de Reus, siempre el primero en el lugar del peligro, marchaba al frente de sus tropas dirigiendo sus movimientos con su habitual serenidad y sangre fría.

Al notar el tesón del enemigo, había ya dispuesto que dos escuadrones del regimiento de coraceros del Príncipe marcharan á ponerse á las órdenes del mencionado general, y que la batería de montaña afecta al quinto regimiento á pié y mandada por el capitán Lopez Dominguez, pasara á situarse en una de las posiciones avanzadas, continuando desde ella con acierto el fuego que había sido forzoso suspender en las baterías de nuestro campo por no causar bajas en las tropas avanzadas. Los escuadrones, situados convenientemente en cuanto lo permitía el áspero terreno teatro del combate, no tuvieron ocasión de ser empleados.

Apagados por completo los fuegos del enemigo y acercándose la noche, dió el orden al general conde de Reus para que regresara al campamento, cuyo movimiento llevó á cabo con el mejor orden y precisión, escalonando y protegiéndose los batallones en su movimiento de retroceso, con la notable circunstancia de que el enemigo, ni al iniciarse el movimiento, ni en su ejecución, hizo un solo disparo, contra su acreditada costumbre, dando con ello claros indicios de que se le había hecho sentir seriamente nuestra superioridad.

Nuestras pérdidas consisten en 2 jefes, 10 oficiales y 148 individuos de tropa heridos, y 13 muertos de esta última clase. El enemigo dejó sembradas de cadáveres sus posiciones, y sus pérdidas entre muertos y heridos no bajarán de 800 hombres.

En esta jornada, Excmo. señor, he tenido la satisfacción de poder apreciar de nuevo lo que valen nuestras valientes tropas, dirigidas por generales tan acreditados como el conde de Reus y los de división Orozco y O'Donnell.

El general conde de Reus al reseñarme el comportamiento de todos, me hace además una especial mención del brigadier Serrano, del coronel de Toledo don Antonio Navazo, de su jefe de estado mayor el coronel don Gabriel de Torres, de los jefes y oficiales de este cuerpo y de sus ayudantes de campo, los cuales se condujeron todos con la mayor bizarría.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle del Asmir 13 de enero de 1860. — Leopoldo O'Donnell. — Excmo. señor ministro de la Guerra.

Revista de Paris.

Estamos en lo más brillante de la temporada. Se baila en la corte y en los salones á la moda; desgraciadamente la muerte de S. A. la gran duquesa de Baden, sobrina de la emperatriz Josefina é hija adoptiva del emperador Napoleon I, ha venido á suspender por unos días las fiestas oficiales. El baile griego que tenía anunciado el príncipe Napoleon en su artístico palacio de la avenida Montaigne, así como la gran fiesta del Hotel de Villa, se han suspendido hasta que acabe el luto riguroso de la corte. En cuanto á las reuniones particulares del gran mundo siguen su curso con una animación extraordinaria.

Se ha hablado bastante esta semana de un acontecimiento horroroso de fecha atrasada. Hace quince ó veinte años se representó en uno de los teatros de Paris un drama titulado «Corta-cabezas» en el cual trazaban los autores una serie de asesinatos espantosos.

El título, á decir verdad, era histórico, pues en la carretera imperial de Clermont-Ferrand existe una posada que tiene por tradición la calificación nada honrosa de posada de Corta-cabezas, en memoria del horrendo crimen de que había sido teatro.

Los hechos tradicionales, así como los que fueron creados por los autores del drama susodicho, han tomado en el día el terrible aspecto de la realidad. El acaso acaba de hacer que se descubra una serie de crímenes ignorados, ocultos en la sombra y que parecía habían de quedar impunes. La posada de la Girafa cerca de Niavy en el camino de Nevers á Bourges deja muy atrás al meson de Corta-cabezas. Durante muchos años fueron sucesivamente asesinados y robados en la posada de la Girafa unos treinta desgraciados buhoneros y jornaleros ambulantes que iban de pueblo en pueblo buscando la subsistencia; los asesinos enterraban á sus pobres víctimas en un campo contiguo á la posada, y ya nadie hablaba más de aquellos infelices.

La línea de un ferro-carril debía pasar por este triste campo, y fueron vanos todos los esfuerzos de sus dueños para evitar la expropiación: los trabajadores comenzaron su tarea, abrieron la zanja, y apenas removieron la tierra, hicieron ya el descubrimiento de un esqueleto. Prosiguiendo su trabajo, encontraron los cadáveres á montones, y hay quien habla de veinte y cinco ó treinta. Junto á los huesos de estos desgraciados se han hallado indicios que sin duda darán á conocer á algunos de los que desaparecieron repentinamente, como una piedra de afilar, un cajón de buhonero y hasta el esqueleto de un asno, cuya presencia habría podido denunciar al culpable. Parece imposible que hayan podido ser asesinados treinta hombres sin que descubriera la justicia á los criminales; — quizá lo descubra ahora.

Hablemos de aventuras menos tétricas. — El juéves último una señora había entrado en un omnibus, y poco rato despues un jóven no menos notable por su buena presencia que por su elegancia viene á colocarse á la entrada del vehículo.

La dama, que estaba ya muy cerca de los cuarenta, se creyó la estaba permitido examinar al jóven viajero como habría hecho con una hermosa estatua. Sin embargo, al admirar detalladamente para sí la regularidad del perfil, el brillo de los ojos, la elegancia del talle, no se había descuidado en notar la riqueza de las alhajas que llevaba el jóven, y sobre todo los destellos que despedía una sortija puesta en el índice de una mano aristocrática.

Sin embargo, un puesto se hallaba vacío cerca de nuestra curiosa, y el jóven, incomodado tal vez por el aire, se levantó de donde estaba y fué á ocupar el puesto susodicho.

El omnibus seguía marchando, y de repente la dama nota que una mano tímida toca á su vestido: sin desplegar sus labios hace parar el carruaje, y se apea á fin de libertarse de aquel vecino importuno.

El paseo la había dado apetito, y lo primero que hace es meterse en una pastelería; pero hé aquí que en el momento de pagar no encuentra su bolsillo que contenía unos cincuenta francos.

¿Qué se ha hecho este bolsillo? ¿Le ha perdido? ¿Le ha dejado olvidado en alguna parte?

Cualquiera cosa creería antes de acordarse de su compañero de omnibus; pero al contar el lance á su marido, acabó por decirle también lo que había hecho cuando iba en el carruaje público.

Los maridos, según se ve aquí, tienen menos confianza que las mujeres en las buenas apariencias, y el de la dama en cuestión sospechó desde luego que el elegante jóven podía ser un diestro «pik-poket»; pero ella no puede creer tal villanía en aquel hermoso personaje.

No obstante, se registra de nuevo el bolsillo del vestido, le vuelve, y con asombro ve caer una preciosa sortija: era la misma que llevaba el jóven en cuestión; se había caído de su dedo, y sin duda al querer cogerla tuvo lugar aquel roce un poco atrevido que hizo que la dama abandonase el omnibus.

El anillo era efectivamente de hermosa apariencia; pero el marido, hombre desconfiado hasta lo sumo, decía que no podía menos de ser falso.

Para salir de dudas corrió á casa de un joyero. — Es un diamante muy hermoso, le dijo este. — ¿Qué valor puede tener? preguntó el marido. — No puedo decirlo. — ¿Pues? — No puedo decirlo con exactitud sin desmontar la piedra. — Pero es que no se trata de comprarla, dijo el marido. Declare Vd. su valor aproximadamente. — Si esta sortija fuera mía, repuso el joyero, no saldría de mi tienda por menos de 1,500 francos.

No sabemos si la dama ha dado parte á la justicia, ó si se ha contentado con guardar lo que la había dejado el ladrón en cambio de su bolsillo.

Acabamos de recibir un ejemplar de la traducción francesa de la última obra del célebre autor inglés M. Tackeray, que se titula «Memorias de un lacayo.» Mucho mal dicen los franceses de los ingleses, pero los ingleses no se guardan las mayores consideraciones á sí propios. M. Tackeray es maestro en el arte de criticar los usos y costumbres de sus compatriotas; y ¡cosa singular! sus libros obtienen un éxito prodigioso hasta en la nobleza; diríase que se cuentan sus dardos como actos de patriotismo que hasta las víctimas agradecen. Sin duda el proverbio «quien bien te quiere te hará llorar» es muy verídico en Inglaterra.

En las «Memorias de un lacayo» M. Tackeray ha puesto el colmo á su franqueza: habla y escribe sobre lo que ha visto, y no omite más que los nombres propios; y esto lo hace por no debilitar la lección, porque se propone mostrar las llagas que se extienden cada día en la sociedad, y no las excepciones.

Según dice el traductor, M. W. Hughes, en su prólogo, las «Memorias de un lacayo» contienen más de un episodio que bajo una forma que parece novelesca, es una fotografía de ciertos hechos positivos.

«Si M. Tackeray, dice el traductor, nos muestra un banquero ofreciendo la mano de su hija á un lacayo enriquecido en la Bolsa, es porque tiene delante de los ojos el ejemplo de un noble que viene á ser suegro de un millonario medio inglés medio indio, á quien no tarda en querer encerrar en una casa de locos, y que al cabo muere en Paris de esa horrible enfermedad que llaman «delirium tremens.»

Hay sin embargo en el libro partes que son puramente anecdóticas, á cuyo beneficio pone el autor en evidencia ciertos caracteres con costumbres tan curiosas como originales.

La historia del primer amo en donde entra á servir el lacayo en cuestión, es uno de esos episodios singulares.

Este amo era un elegante gentleman llamado Altamon, hombre que se daba una vida lujosa. Casa en Lóndres y en el campo, carruaje, lacayo, nada le faltaba. ¿De dónde procedía todo esto? Aquí estaba el misterio.

Se sabía que nunca había tenido patrimonio, que no hacía negocios de ninguna clase, que no jugaba; ¿en dónde estaba pues la mina que le daba para su gasto?

Mucho la preocupaba esto á mistress Shum cuando le hubo dado su hija Mary en matrimonio. Quizá habría debido indagar anteriormente; pero así van las cosas de este mundo: M. Altamon no pedía nada y llevaba muchísimo: ¿cómo desperdiciar un partido tan ventajoso? Las averiguaciones no eran entonces oportunas.

Mary dijo á su madre todo lo que sabía: su marido salía muy temprano por la mañana y no volvía hasta por la noche, casi siempre muy cansado, pero con una cantidad bastante regular en moneda menuda.

Por algunas palabras que se le escaparon una vez, Mary pudo colegir que M. Altamon pasaba mucho tiempo cerca del Banco.

Esto fué un rayo de luz para la madre, que entró en campaña y no le perdió de vista.

— Mary, dijo una noche á su hija con tono misterioso, ¿dónde está el dinero que te ha dado ayer tu marido?

La jóven sacó una bolsa y vació sobre la falda de su madre una porción de monedillas de plata.

— ¡Aquí está! ¡Aquí está! exclamó la madre; ¡victoria! ¡una monedita de la reina Ana marcada por mí!

A la otra mañana la madre y la hija tomaban un coche que las llevaba enfrente del Banco. Apenas se apearon, despues de haber echado una mirada sobre las gentes de toda catadura que estaban allí, Mary cayó desmayada en el suelo cubierto de lodo.

Todo lo sabía ya, pero el lacayo no sabía nada.

Aquella noche, siguiendo su costumbre, aplicó el oído á la puerta y oyó á M. Altamon que decía á su mujer:

— Mary, he vendido mi empleo, y la suma que me ha dado esta venta unida á mis ahorros y al valor de nuestra casa, nos permitirá vivir con toda comodidad en país extranjero. Pero ahora que lo sabes todo, ¿me perdonarás que te haya ocultado mi profesión?

¿Su profesión!... Hé aquí cual era:

M. Altamon barria un paso en la calle para el tránsito de los que van á pié del Banco á Cornhill y de Cornhill al Banco.

Se disfrazaba tan perfectamente, que la suegra para estar bien segura del hecho, había necesitado emplear el recurso de la moneda marcada que se halló en el bolsillo de la mujer del barrendero.

MARIANO URRABIETA.

La esperanza (1).

I -

La esperanza es hermana de la fe. Quien no abrigue á la fe en su corazón no puede ser consolado por la esperanza.

Nada son, nada valen, ni para nada sirven las esperanzas que hace brotar la ambición.

La esperanza, si no va sostenida por su madre la religión y por su hermana la fe, es tan débil que muere al nacer.

Acercaos, lectores míos, á mi *Galería de vicios y virtudes*: permitidme que os conduzca ante la figura dulce y majestuosa de la *Religion*: es una matrona bella, cuya fisonomía está impregnada de una suavidad indecible, y de un maravilloso encanto: aparece envuelta en blancos ropajes y lleva de la mano á una hermosa jóven de alegre semblante y apacible sonrisa: observad cuán blanda es la fisonomía de esta jóven, cuán

(1) Tomamos este artículo de la serie de *Estudios morales sobre la mujer* que publica la señora doña María del Pilar Sinues de Marco.

dulces y rasgados sus ojos, cuán pura su frente, cuán gentil y encantadora su figura: miradla bien, que todos debeis conocerla y amarla; es la hermosa y cándida hija de la *religion*; llámase la *esperanza*.

Es noble y poética como su madre: casta como ella; como ella tierna y amante.

Madre é hija se aman tanto que no se separan jamás.

La *esperanza* es la hija mas jóven y mas tímida de la *religion*: por eso esta la lleva de la mano.

Ved apoyada en el hombro izquierdo de la *religion* á su hija mayor la *caridad*: es otra jóven muy hermosa, que llega apenas á la primavera de la vida; sentada á los piés de la *religion* está la fe, hija suya tambien y hermana de la *esperanza* y de la *caridad*.

Aunque os he dicho que la *esperanza* es mas jóven que sus hermanas la fe y la *caridad*, las tres, sin embargo, son gemelas; pero la *caridad* es mas corpulenta y robusta que las otras dos: la fe es fuerte tambien, pero su ceguera le da una apariencia mas débil; y la *esperanza* es tan niña, risueña, delicada y aérea, que parece la mas jóven de las tres; por eso sin duda la mima mas su madre y la dirige con su mano poderosa. No obstante, la *religion* es una buena madre, y si vacilan alguna vez la fe ó la *caridad*, las sostiene con brazo robusto y las reanima con sus cuidados y consejos.

II

Las ilusiones toman con frecuencia el manto de la *esperanza*: le dividen en pedazos y se cubren con ellos y van á visitar las cabezas enfermizas ó los corazones estragados de los mortales: estos las confunden con la *esperanza*; las acogen con amor, las acarician, las abrigan, y las péfidas, despues de haber saciado su sed en la savia de su cerebro, huyen riéndose descompasadamente y dejando las mas espantosas tinieblas en el espíritu débil que las acogió.

— ¿Porqué la *esperanza* se deja robar y desgarrar su hermoso manto? me preguntareis acaso.

Y yo os contestaré:

— La *esperanza* deja sonriendo que las ilusiones se apoderen de él, y al mirarlas volar sobre la tierra exclama satisfecha:

— Corto será vuestro reinado: el mio es mas hermoso y duradero, pues cuando abandonais á los míseros mortales desengañados y abatidos, á mí toca volar á reanimarlos y á prestarles consuelo. Vuestra mision es herir, la mia curar las heridas que haceis.

Y en efecto, vedla al lado de todos los dolores de la vida: vedla sentada junto al que llora, reclinada en el lecho del moribundo: vedla velar las tumbas de los muertos; vedla, en fin, hasta en el cadalso, mostrando el cielo con su blanca mano al delincuente que espira arrepentido.

A mí me conoce y ama como á una amiga: la tengo sentada frente á mí, en mi mesa de escritorio: la encuentro en el templo apoyada junto al altar; la veo en mis largos y solitarios paseos mecere en las ramas de los árboles; la oigo en la campiña cantar con los pájaros; á su risa brotan en mayo las flores de mis balcones; á su arrullo me duermo; á su dulce llamamiento despierto; ella cortó hoy mi pobre pluma para escribir este artículo; ella hace veloces y alegres las horas de mi trabajo; ella, en fin, es mi paño de lágrimas.

La *esperanza* es tan amante de su familia que jamás consuela ni acaricia á los que no aman á su madre y á sus hermanas: vosotros, seres desventurados, que haceis alarde de despreciar la santa *religion* y que os burlais de la fe; vosotros, que calificais sus misterios de cándidas invenciones por no confesar en vuestro orgullo que su grandeza es superior á vuestra limitada comprension; vosotros, que presumiendo de un genio colosal creéis vano é insoluble todo problema que no tiene solucion para vosotros, no confundais con las caricias de la *esperanza* los delirios de vuestra fantasia: vosotros no conoceis á esta hermosa criatura: si alguna vez posó su velo junto á vosotros, fué en los dias que dormiais en la cuna: fué cuando vuestro entendimiento estaba ofuscado por las cándidas nieblas de la infancia. Desde que vuestro entendimiento despertó, os dominó la ambicion; desde que llegó á su completo desarrollo, os rebelasteis contra Dios.

Sí: ¡lo que creéis *esperanza*, no es mas que negra y atormentadora ambicion! ¡Vuestras almas, exhaustas de creencias, no pueden ofrecer á la *esperanza* un nido blando y apacible! ¡No brotan en vuestra imaginacion flores que la recreen! ¡No hay en vuestro pensamiento puro ambiente que la acaricie! ¡No existe en vuestro corazon ternura que la halague! ¡La ambicion ha menester para vivir horribles y pavorosos antros!... Por eso se guarece en vuestras almas!

¡Sereis que teneis vírgenes vuestras creencias religiosas, firmé vuestra fe y puros vuestros sentimientos; vosotros sois los que estais constantemente acompañados de la *esperanza*! ¡Para vosotros podrá ser triste el recuerdo de *ayer*, pero vuestra compañera os hace el *mañana* incomparablemente hermoso! ¡La *esperanza* os muestra á Dios en todas las tempestades de la vida, y os cobija con un escudo que os hace invulnerables! ¡Los pesares del corazon, los sinsabores del alma, los amaños de la sociedad, las intrigas del poder, las injusticias de los hombres, los desengaños del mundo, las decepciones mas amargas, los dolores mas hondos, todo lo encontráis aliviado con la blanda sonrisa de la *esperanza*!

III

Cuando la *esperanza* bajó del cielo al mundo, trajo consigo á un hermoso adolescente que tiene por nombre el *consuelo*, al cual enseñó el camino de todos los corazones que la acogieron.

Seres irreligiosos que tomais vuestros delirios de despotismo y rebellion por caricias de la *esperanza*, decidme: ¿habeis oido alguna vez la voz del *consuelo* cuando habeis gemido agobiados bajo el peso del infortunio? No. ¿Qué palabras dulces han acariciado vuestros oidos? Ninguna. ¡Solo habeis hallado en torno vuestro la nada y el vacío!

Y es que el *consuelo* siempre va unido á la *esperanza*.

La ambicion vuela sola azotando los aires con sus alas de murciélago.

La *religion* y la fe son las que abren las puertas del corazon á la *esperanza*: quien no ame y comprenda á las dos primeras, no espere jamás á la segunda: no fabrique ni alimente sueños de gloria, de poder ó de amor, porque todos vendrán al suelo.

La desgracia se aclimata siempre donde no existe la *religion*.

El dolor es el Cancerbero que guarda la puerta que no huella la *esperanza*.

Los remordimientos sellan el corazon que no acoge á la fe.

¡Incrédulos, que sonreis irónicamente ante los sentimientos mas nobles y grandes! ¡Vuestra risa amarga no es mas que la ausencia de la *esperanza*! Tened *religion* y fe y aquella volverá.

Si el mundo llamase á la *religion* y á la fe; si no desdenase la benéfica influencia con que constantemente estas le brindan, la *esperanza* haria fecundos á tantos genios como se agostan con el soplo amargo del escepticismo: habria en él gloria, poder, felicidad; no abortarian tantas empresas, grandes en su concepcion, porque no serian mezquinas en sus medios, y Dios no dejaría caer su mano airada sobre nuestras cabezas.

Las guerras, los terribles sacudimientos que conmueven á las naciones, las epidemias, las calamidades que por todas partes nos cercan, son necesarias para imponer temor á los espíritus rebeldes y descreidos; las leyes de la justicia humana lo son tambien, porque la ambicion, seguida del escepticismo, invadiria sin ellas el mundo.

¿En qué ha de creer el que nada espera?

¿Qué ha de esperar el que nada cree?

¡Solo la cólera divina y la justicia de los hombres pueden impedir que los escépticos, descreidos y desesperanzados, devoren á los demás como hambrientos lobos, porque el miedo es el único dique que alcanza á contener sus apetitos sin freno!

El robo, el asesinato, la prostitucion, ¿qué son mas que extravíos de corazones vacíos y sin creencias? Si el ladrón tuviese fe en Dios, ¿robaría? Si el asesino tuviese conocimiento del perdón de las injurias, que es uno de los primeros preceptos de nuestra santa *religion*, precepto que se apoya en la *esperanza* de que las nuestras sean perdonadas, si tuviera esta *esperanza* consoladora, ¿armaría su mano del puñal homicida? Si la jóven, abandonada á su miseria esperase en otra vida mejor, ¿cedería á los halagos del vicio?

La *esperanza* es la que guía todos nuestros pasos en el sendero del bien.

La madre sufre todos sus dolores y penalidades, no por el egoismo que encierra la idea de que sus hijos le paguen en la ancianidad cuanto por ellos sufrió, sino alentada por la *esperanza* generosa de contemplarlos un dia fuertes, virtuosos y felices.

El soldado arrostra los peligros del combate, porque la *esperanza* le enseña á lo lejos una corona de inmortal laurel.

El marino reza en la tempestad á la Reina del cielo, porque tiene su *esperanza* cifrada en tan cariñosa y compasiva Señora.

El desgraciado sufre sus dolores con paciencia, porque la *esperanza* le promete el alivio de ellos en la tierra ó el precio de su resignacion en un mundo mejor.

El mártir soporta heroicamente sus tormentos, porque *espera* el cielo que la fe le descubre.

El poeta pasa sus breves dias con la cabeza abrasada, sus noches sin sueño, y sus amargos desengaños, *esperando* conquistarse un glorioso renombre que le compense de todas sus fatigas.

Mas ¡ay! todas estas *esperanzas* se convierten en vanas ilusiones si la *religion* y la fe no las sostienen.

IV.

Implorad á Dios en todas las pruebas de la vida: él os enviará á la *esperanza* para que recoja en sus alas vuestro ruego, y si es justo lo que pedis, la *esperanza* misma bajará á traéroslo á la tierra.

Yo amo tanto á la *esperanza*, que la prefiero á la posesion: la mísera condicion humana se hastia pronto de lo que posee, y desea con ardor lo que ve á lo lejos. Nada existe tan dulce y alegre como la *esperanza* cuando se apoya en una conciencia tranquila.

La posesion fatiga y aburre á los mortales sin excepcion; pero se hace insoportable á las imaginaciones volcánicas que sueñan constantemente *un mas allá*, al cual siempre se acercan y jamás les es dado alcanzar.

No hay cosa que no gane con ser *esperada* y que no pierda con ser *poseida*: nuestros deseos son insaciables y siempre anhelamos lo que no tenemos.

Oid á Alfonso de Lamartine en sus *Meditaciones*, en ese libro consuelo de los corazones heridos, encanto de las almas tiernas y bálsamo de la amargura del desengaño: oidle; y si yo, por mis pocos años, no os inspiro fe al rogaros que *espereis*, tenedla al menos en el gran poeta, cuya inteligencia debe haber sido iluminada por el mismo Dios.

«Alumbrate con la antorcha de la *esperanza* hasta en las sombras mismas de tu muerte, seguro de que la providencia no tiende lazo alguno á tus pasos: cada aurora la justifica; el universo entero se fia de ella; solo al hombre ha ofrecido dudas; pero su venganza paternal confundirá la duda infiel en el abismo de su bondad.»

Sí: no hay duda que la bondad suprema no confunda en el abismo de su misericordia sin límites. No hay vacilacion en un alma pura que no sostenga la fe, que no ilumine la *esperanza*.

Los que como Eva quieren gustar los amargos frutos del árbol de la ciencia en lo mas recóndito de su tronco fatal y envenenado; los que aspiran á remontarse hasta las regiones eternas con las pobres y débiles alas de su limitado pensamiento; los que sustituyen la bondad de un alma sencilla y tierna con la impía pretension de la suprema sabiduría, esos son los que caen en un negro abismo que ninguna luz ilumina: esos son los escépticos, los descreidos, los seres sin *esperanza*. ¿Cómo han de tenerla, si se empeñan en ver mas á medida que van cerrando los ojos? Esto equivaldria á que un pobre miope, desviando su vista de lo que tiene mas cerca, quisiera distinguir los objetos que distan de él infinitas leguas.

Únicamente de entre esos seres salen los suicidas; cuando se convencen de que su corazon está seco, marchita su alma y emponzoñado su espíritu, cuando tocan que su ambicion es insaciable, desfallece su ánimo fatigado y cobarde, y se acogen á la muerte como si les aguardase en ella algun descanso.

¡Almas soberbias! Despreciaron la dulce y humilde *esperanza*, y prefieren hundirse en el infierno antes que mirar al cielo.

¡Amantes y virtuosas madres! Vosotras, que sois los únicos seres para quienes mi voz puede tener algun poder, enseñad á vuestros hijos, desde el momento en que su inteligencia pueda comprenderlos, á *crear*, á *esperar* y á *amar*. ¡Hacedles ver que toda la ciencia de los mortales debe circunscribirse á este círculo tan estrecho, pero tan agradable, y que únicamente la fe y la *esperanza* pueden labrar vuestra dicha en esta vida y conquistar el reino eterno que Dios nos tiene prometido.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Canjeo del tratado de comercio

CONCLUIDO ENTRE LA FRANCIA Y EL JAPON, EN YEDO.

El autor de los dibujos que publicamos en las páginas siguientes escribe con fecha del 8 de octubre de 1859 en Yedo, la correspondencia que extractamos á continuacion:

«Escribo en Yedo, la capital del Japon, adonde la corbeta el *Du Chayla* acaba de trasladar al primer cónsul general de Francia en el Japon, M. Duchesne de Bellecourt.

El encargado de negocios del emperador cerca de S. M. japonesa debia proceder inmediatamente despues de su llegada á la ratificacion del tratado de paz y de comercio concluido el año último por el baron Gros, y esta ceremonia tuvo lugar el 22 de setiembre de 1859.

Por la mañana una escolta de soldados japoneses, á cuya cabeza iba el gobernador de la ciudad, habia pasado á la residencia del cónsul, donde se hallaban reunidos el comandante y todos los oficiales del *Du Chayla*, de gala, así como la compañía de desembarco de la corbeta.

A las doce el cortejo se puso en marcha en el órden siguiente: á la cabeza los oficiales y los sargentos de armas japoneses, armados con largas varillas de hierro guarnecidas de anillos que despiden á cada paso un sonido argentino, y encargados de hacer el despejo en la carrera. Detrás de ellos el primer peloton de la compañía de desembarco y su bandera rodeada de una guardia de honor, precedian al tratado cubierto con su rica encuadernacion de terciopelo y oro con el sello imperial, que iba sobre unas andas llevadas por cuatro marineros escogidos y escoltado por cuatro contramaestres. Seguía inmediatamente el cónsul general llevando á su izquierda al comandante del *Du Chayla*; despues los oficiales en caballos japoneses ricamente enjaezados, y el canciller y el intérprete del consulado en hermosos palanquines; por último, cerraba la marcha el segundo peloton de la compañía de desembarco.

El cortejo, que salió del consulado, debió recorrer durante dos horas las calles mas populosas de Yedo en medio de una curiosa muchedumbre, para llegar al doble recinto de altas murallas, rodeado de anchos fosos llenos de agua, que separa la ciudad vulgar de la residencia imperial. Entonces comenzó á circular por las calles anchas y derechas de la ciudad privilegiada. Así llegaron al palacio de las conferencias sin penetrar en el último recinto, reservado enteramente para habitacion particular del emperador.

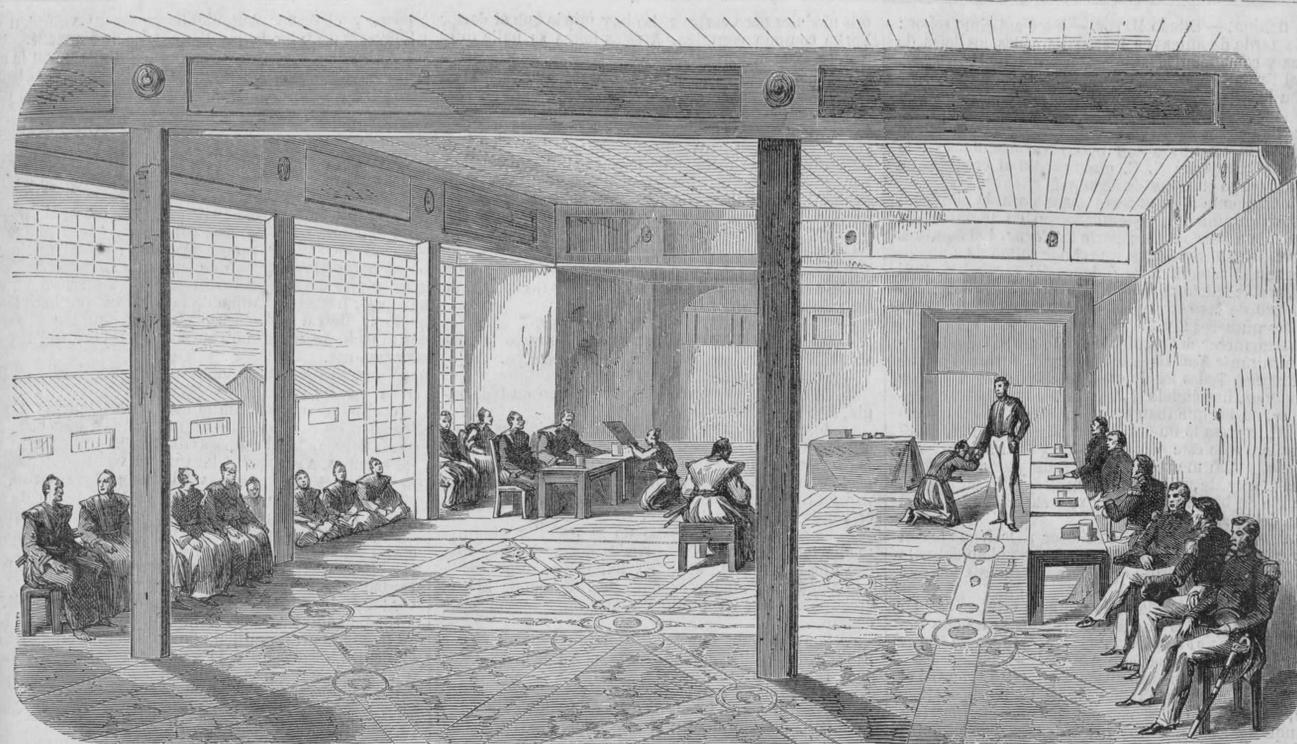


EL CONSUL GENERAL DE FRANCIA DIRIGIÉNDOSE AL SALÓN DE CONFERENCIAS DE YEDO PARA CANJEAR EL TRATADO DE COMERCIO CON EL JAPON.

Mi primer objeto representa M. Duchesne de Bellecourt y su estado en las calles de Yedo; el otro, el momento del canjeo de los tratados en el salón de conferencias. En este último, los dos japoneses que están en el fondo y á la izquierda en desfilones aislados son los ministros; el uno de ellos recibe el tratado que el príncipe de Francia, el personaje colocado en medio del salón, vuelve después, es el maestro de ceremonias: los intérpretes entregan los tratados. A la derecha están el cónsul general, su intérprete, el abate Gaudet, de las misiones extranjeras, su asistente, el comandante y los oficiales del *Du Chateau*.

Se notará en contraste que entre el ceremonial severo y el fausto de los japoneses, y la luz y extravagante confusión de trajes, armas y ornatos que distinguen las fiestas chinas. Todo en el japon tiene ese carácter de gravedad anticuada que los mas altos oficiales no se diferencian de los subalternos mas que por la figura de sus vestidos, que tienen el mismo corte y el mismo color.

Igual sobriedad en la decoracion de los edificios oficiales: salas desnudas y sin muebles, una estera en los suelos, techos bajos y paredes sombrías y uniformes.



CANJE Y RATIFICACION DEL TRATADO DE COMERCIO ENTRE LA FRANCIA Y EL JAPON EN EL SALÓN DE CONFERENCIAS DE YEDO.

Seria difícil desplegar menos lujo exterior que el que se advierte en Yedo. A. N.

Expedicion de Cochinchina.

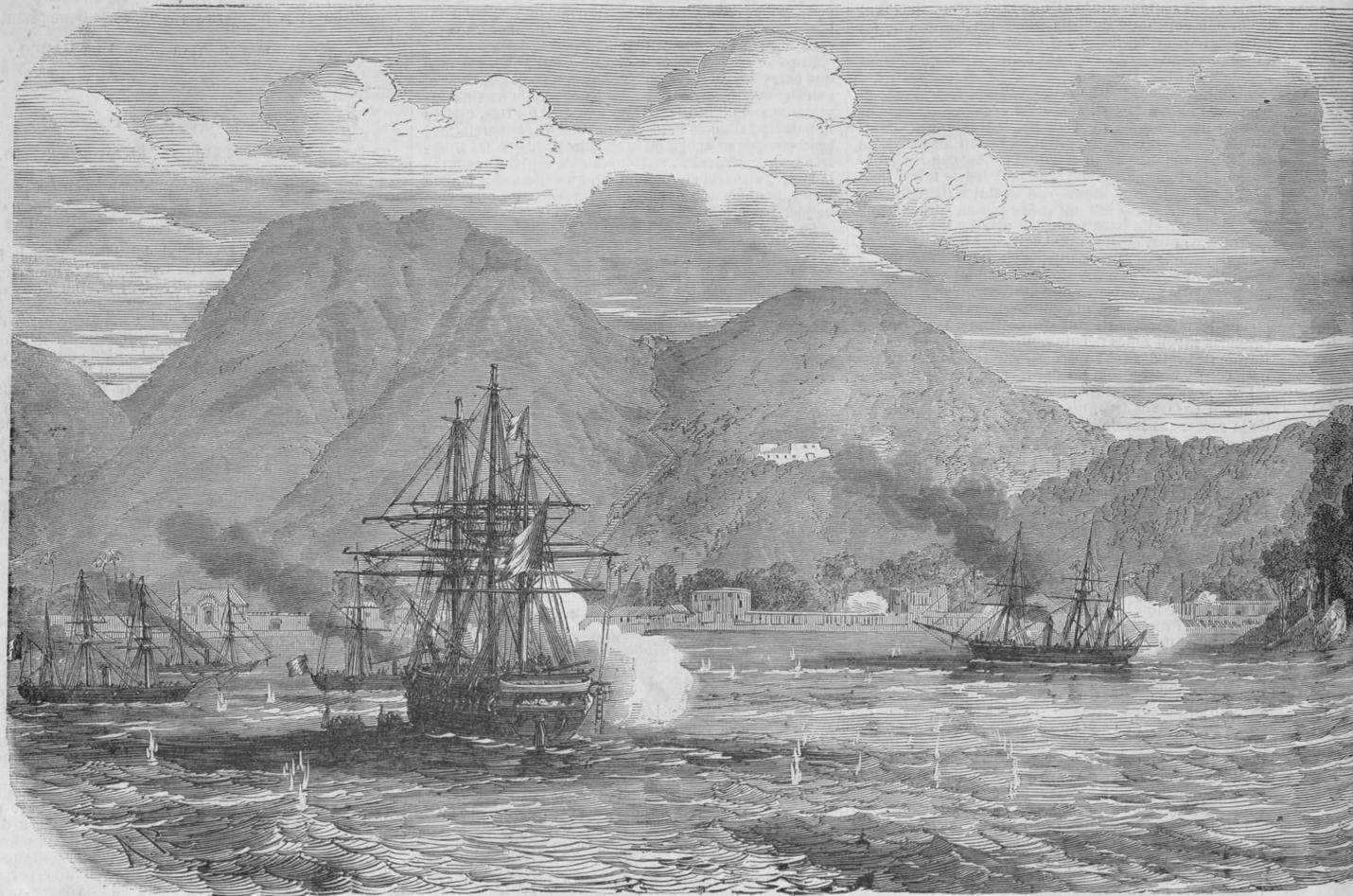
Acabamos de recibir noticias oficiales del ataque y

toma del fuerte del Noroeste de Turana, camino de Cochinchina. El coronel Lanzarote, que mandaba la division española en el ejército aliado, dice con fecha 19 de noviembre á nuestro ministro de la Guerra lo siguiente: «Ejército de Filipinas. — Cuerpo expedicionario en

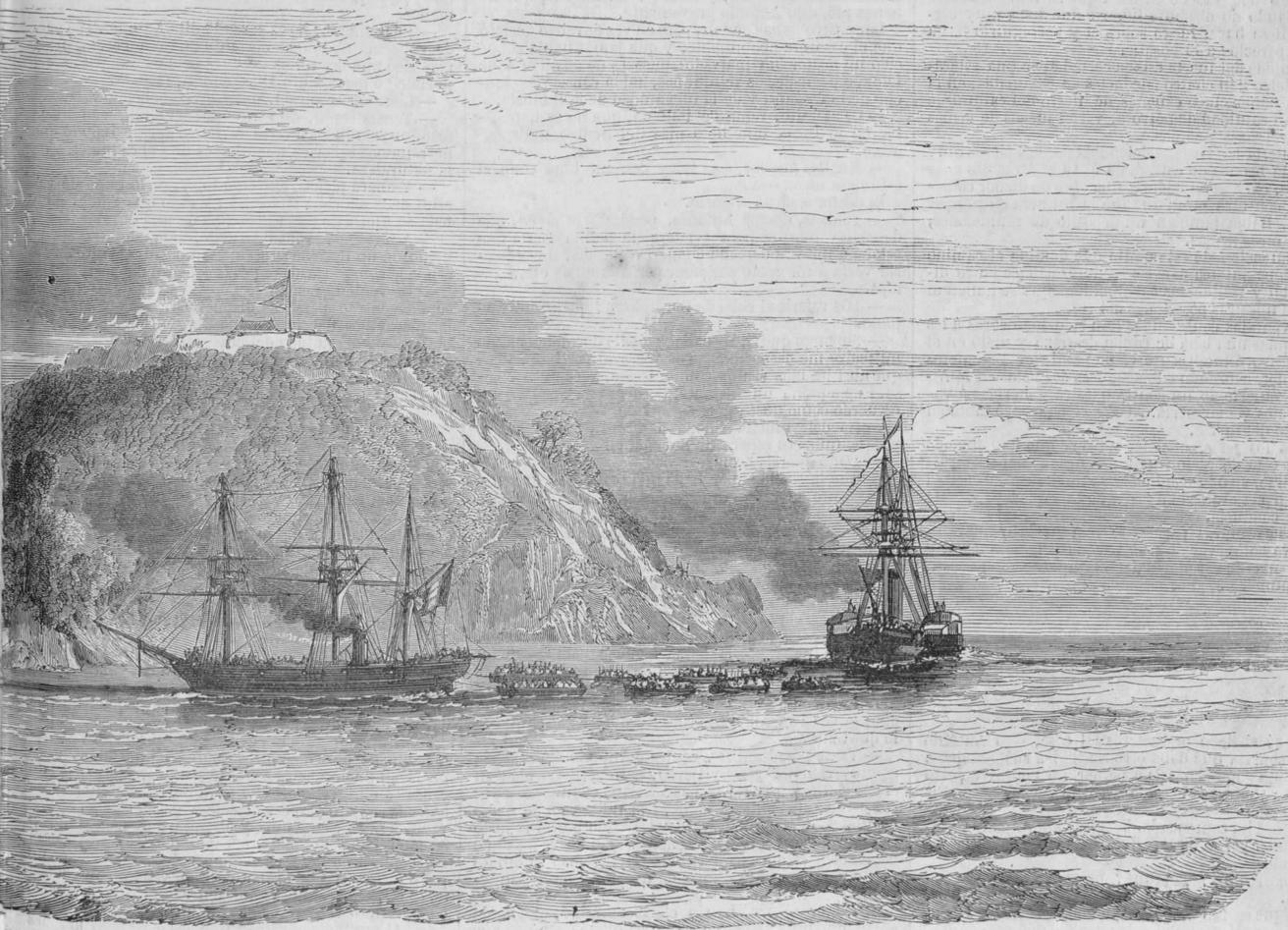
En el umbral del palacio el cónsul general fué recibido é introducido por el gran maestro de ceremonias. Algunos instantes despues llegaban los dos ministros japoneses, y se entró en el salon de conferencias que es, como todas las construcciones japonesas en general, de mucha sencillez, y cuyo lujo principal está en el

aseo; se habian puesto para la ceremonia algunos muebles como mesas, sillas y taburetes de laca negra. Ministros y oficiales franceses y japoneses se colocaron, unos á la izquierda y otros á la derecha segun los grados, y luego principió el acto del canjeo y de la ratificacion de los tratados, que duró dos horas, en cuyo

tiempo sirvieron té, pastelillos y dulces de toda clase. Cumplidas las formalidades diplomáticas y puestas las firmas, el ceremonial observado á la entrada se repitió en la salida, y el cortejo se volvió á ordenar para acompañar hasta la puerta de su residencia al cónsul de Francia.



La Avalanche. La Alarce. El Pregoni. La Nemesis.



EXPEDICION DE COCHINCHINA. — ATAQUE Y DESTRUCCION DE LOS FUERTES DE TURANA, EL 18 DE NOVIEMBRE DE 1859. El Jorge Juan.

El Phlegeton. La Marne.

Cochinchina. — Estado Mayor. — Excelentísimo señor : En la tarde de anteayer fueron llamados los jefes de fuerza y comandantes de buque á bordo de la *Nemesis*, por el Excmo. señor contra-almirante, quien participó que en la mañana siguiente deseaba atacar el fuerte del Noroeste, que con el del Norte cierra el paso de la bahía, y que al mismo tiempo domina al camino de Hue defendiéndolo en union con baterías construidas en la playa, segun podrá V. E. observar en el croquis que adjunto tengo el honor de acompañar.

» Consecuente á las órdenes dadas para la ejecución de este pensamiento, se embarcaron en la tarde del mismo día á bordo del transporte la *Marne*, 400 hombres franceses y 200 españoles, que con la mitad de aquellos formaban la reserva á las órdenes del coronel M. Reibaut, verificándolo yo á bordo del vapor *Jorge Juan*, con otros 200 de las compañías de cazadores de los regimientos números 2 y 3.

» Al amanecer del siguiente día 18 emprendió la fragata almirante *Nemesis* el movimiento, amarrada al vapor *Pregent*. Todos los buques se dirigieron á ocupar sus puestos, haciéndolo el *Jorge* con nueve botes de remolque, en los que iban los 200 hombres de mi mando y 38 del expresado buque que me fueron agregados. El movimiento de este vapor fué en extremo preciso y acertado, segun me manifestó despues el Excmo. señor contra-almirante, pues ocupó muy pronto su puesto, salvando en breve el espacio expuesto á los fuegos del fuerte del Noroeste.

» La mucha mar, haciendo chocar á la *Nemesis* con el *Pregent*, hizo desarbolar á este por completo del palo mayor y del mastelerillo de trinquete, retardando este incidente la operacion.

» A las nueve y media de la mañana estaban casi en sus puestos todos los buques. Eran estos la fragata *Nemesis*, los vapores *Flegeton*, *Pregent*, *Jorge Juan*, la *Marne* y las cañoneras *Avanche* y *Alarme*.

» Pero antes de que se apoderasen estos, rompió el fuego el enemigo desde la batería baja y fuerte del Noroeste, contestando á los pocos momentos la *Nemesis* y los buques colocados á muy breve distancia de las obras cochinchinas.

» A la media hora de fuego apagó el enemigo los suyos, é inmediatamente hizo la fragata almirante la señal de desembarco, el que al momento se efectuó por las tropas que habian sido remolcadas en los botes, dirigiéndose el comandante M. Despalier con 200 hombres para atacar la batería baja, y yo con las dos mencionadas compañías y fuerza de desembarco del *Jorge*, lo hice para asaltar y ocupar el fuerte del Noroeste. Pero el enemigo abandonaba sus piezas mientras subiamos los 300 pies de altura á que se hallaba la fortaleza, dando no obstante lugar á que desde muy cerca se pudiese hacer fuego sobre él y perseguirlo hasta que desapareció en el bosque.

» La subida del fuerte estaba cortada por una estacada que defendian cuatro falconetes en casamatas; en la fortaleza habia cinco cañones de hierro del calibre de á 32, gran cantidad de pólvora, varios juegos de armas y algunas lanzas y sables.

» La batería baja estaba defendida por dos piezas muy buenas de bronce de calibre de á 16 y otras dos mas pequeñas, existiendo además una obra de menor consideracion con otra pieza que fué la primera en romper el fuego. Habia tambien un depósito de municiones, fusiles y otras armas.

» La ocupacion de este punto que domina el camino de Hue debe interceptar las comunicaciones entre dicha capital y las fuerzas cochinchinas que se hallan al frente de nuestras posesiones del rio.

» Las ventajitas conseguidas han sido bien caras á los aliados, pues una bala de cañon destrozó y mató en el acto al bravo é inteligente comandante de ingenieros M. Deroulet, causando además otras dos balas en la *Nemesis* la muerte de un contra-almirante y heridas á varios oficiales y marinería. Al *Flegeton* alcanzó tambien un balazo del fuerte.

» Todos los jefes, oficiales y tropa que han tomado parte en esta operacion han procurado la ocasion de distinguirse, siendo conducida la fuerza con prontitud y orden hácia el fuerte á pesar de la rápida pendiente que á el conducia.

» En estas nuevas posiciones han quedado 200 franceses para conservar la gran pagoda y batería baja, y la compañía de cazadores del regimiento de Fernando VII, numero 3, guarneciendo el fuerte.»

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

— No sé si debo prometeros tal cosa, dijo Antonio con una sonrisa que daba otro sentido á sus palabras. Temeria que me echáseis á perder los pobres de este pais. Pero ¿habeis concluido ya con vuestras preguntas?

— Apenas he comenzado. Decidme ahora porqué habeis traído ayer al aborrecible doctor ingles que me ha visitado.

— ¡Aborrecible! ¿Porqué? preguntó Antonio con sorpresa.

— Porque es tan meloso... yo aborrezco á las personas que son así. No quiero otro médico que vos; de modo que no necesitais traer á nadie.

— Es una preferencia que debo, si no me engaño, á

mis modales poco corteses. No hay miedo que el doctor Yorke compita conmigo. A estas horas se halla muy tranquilo en su casa de Niza.

— Me prometo que allí se quedará; pero ¿porqué ha venido? preguntó Lucy con aire resuelto.

— Vino porque se lo pedí como os he dicho ya; por casualidad vino á visitarme al regresar á Niza y aproveché la ocasion para consultarle sobre vuestro pié. Naturalmente esto no podia hacerse sin un exámen, y por eso le he traído. Además del caso que hago yo de su opinion, me figuré que si convenia conmigo, su parecer daria mas peso al mio á los ojos de sir John.

— ¿Y porqué? preguntó Lucy obstinada como una criatura.

— ¿No os parece como á mí muy natural que un inglés tenga mas confianza en un médico inglés que en un médico extranjero?

— ¿No estábais de acuerdo con mi padre?

— No es eso. Era de esperar que no siendo médico sir John no considerase ciertos puntos como yo.

— ¿Cuáles eran esos puntos?

— Estoy pasando por un interrogatorio en toda regla, dijo Antonio riendo.

— Justamente, repuso Lucy con seriedad, pero no creais que la curiosidad dicta mis preguntas. No sé porqué se me ha metido en la cabeza que hay algo respecto de mí entre vos y mi padre, y quiero saberlo para obrar en consecuencia y disipar todo error, añadió clavando los ojos en Antonio.

— Es mucha bondad, pero no se necesita ninguna mediacion. Gracias al aborrecible doctor Yorke, dijo con una sonrisa, sir John ha tenido que reconocer la necesidad de permanecer aquí mas tiempo de lo que creia. Ya sabeis el punto en que no estábamos de acuerdo.

— Por eso estaba tan taciturno, tan pensativo ayer noche. ¿Podremos marchar antes de fin de mes?

— Temo que no.

— Lo siento, exclamó Lucy.

— ¿Tantos deseos teneis de salir de Italia?

— ¡Oh! Lo siento por mi padre. ¿Podremos marchar dentro de un mes contando desde hoy?

— Sí, poco mas ó menos.

— Un mes le parecerá un tiempo muy largo. Aquí hace un tiempo tan triste, ni siquiera puede montar, él que tiene la costumbre de montar todas las mañanas. ¿No se podria hallar un caballo?

— No es posible.

— ¡Lo siento! exclamó Lucy; y luego añadió: ¿cuándo me podré levantar?

— No puedo responder á esa pregunta. Haced un esfuerzo de imaginacion, y figuraos un instante que no teneis pié, dijo Antonio gravemente.

Lucy tuvo ganas de reir, pero en vez de reirse declaró que el caso era abominable, y que jamás habia conocido un doctor tan malvado; pues es de advertir que Lucy, á pesar de sus veinte años, habia conservado mucho de la frescura y de la ingenuidad de la infancia.

— Os aseguro, repuso el italiano, que no os haré estar en la cama una hora mas del tiempo indispensable.

— Muchas gracias, dijo Lucy con un tono como si estuviese incomodada.

El doctor guardó silencio.

— ¿Sabeis, doctor Antonio, prosiguió la jóven, que deseo levantarme para ver aquella bonita cuesta que estaba á nuestra derecha cuando volcamos? Me agradaria verla á mi gusto sin pasar por delante de ella á galope.

— ¿Os referís al cabo de Bordighera? preguntó Antonio.

— Supongo que sí. Me hallaba medio dormida cuando mi padre me despertó con sus voces al postillon, y así que abrí los ojos vi una colina, fresca, verde y hermosa. Fué aquello un instante, pero me ha quedado un recuerdo como de un pais encantado.

— No deis mucha rienda á vuestra imaginacion, porque quizá os espera un desengaño.

— ¿Qué quereis decir?

— Que la realidad por bella que sea, rara vez satisface las promesas de la imaginacion.

— No sé mucho acerca de los hechizos imaginarios, dijo Lucy; lo que sé es que la realidad es con frecuencia muy desagradable.

— Como por ejemplo, cuando es preciso quedarse en la cama, dijo el doctor maliciosamente.

— Eso sí. Pero decidme, ¿hay en efecto las palmeras que yo he creído ver en las colinas de Bordighera?

— Sí, las hay; es un punto famoso por sus palmeras.

Y como Lucy parecia haber agotado todo el arsenal de sus preguntas, el doctor Antonio se iba á despedir de ella, cuando le detuvo diciéndole:

— Dos palabras, doctor; Speranza me interesa mucho; la veo á menudo con un aire muy triste: ¿que es lo que tiene?

— Tiene pesadumbres, contestó Antonio. Su historia es muy sencilla y muy tierna, pero perderia todo su efecto contada por mí. Me agrada que os intereseis por esa jóven; hay mucha nobleza primitiva en su naturaleza. No desdenéis su trato; el mundo moral es justo como el mundo físico; no tenemos que hacer mas que bajarnos para encontrar en las esferas mas humildes una porcion de cosas dignas de nuestro interés y nuestra simpatía.

El doctor observó no sin cierto asombro, que desde aquel dia miss Davenne ya no se quejó de tener que estar en cama ni habló mas de levantarse.

A la otra mañana Lucy obtuvo permiso para leer un

poco, y el doctor Antonio la envió un volumen de Shakespeare y los *Prometidos esposos* de Manzoni.

Al cabo de un par de dias ya pudo sentarse en la cama. Segun las indicaciones del doctor, llevaron el lecho cerca de la ventana, por la cual se disfrutaba de una vista magnífica del Mediterráneo.

— ¿Habeis vivido alguna vez á las orillas del mar? preguntó Antonio.

— Nunca. Cuando fuí á los baños de Brighton, los médicos prohibieron que me pusieran en ninguna de las casas que tocan al mar.

— Tanto mejor, repuso Antonio; de ese modo nuestro mar será para vos una cosa nueva; será una ocupacion inocente y un motivo de sorpresa continua. Podeis pedirle el secreto de sus mil rumores, desde el murmullo sordo y lastimero parecido á un beso ó á un suspiro, hasta el estallido de la borrasca que hace temblar la tierra. Todos los poetas han cantado el mar; pero nadie lo ha hecho con mas energía que el rey de los hebreos.

Y tomando entonces sobre la mesa una biblia en inglés, leyó los siguientes versículos:

«Aquellos que cruzan la mar en los buques y que trabajan en medio de las grandes aguas, han visto las obras del Señor y sus maravillas en la profundidad de los abismos. A su voz se levantó un viento que produjo la tempestad, y las olas del mar se levantaron, y subian hasta el cielo y bajaban hasta el fondo de los abismos: su alma desfallecia en presencia de tantos males. Estaban turbados y agitados como un hombre ébrio, y toda su sabiduría trastornada.»

— Nada se puede comparar con esto en sencillez, verdad y grandeza, añadió el doctor Antonio.

Al otro dia de esta conversacion era el 23 de abril.

Cuando entró Antonio halló al pié de la cama de Lucy tres inmensos ramilletes de unas veinte pulgadas de diámetro, dispuestos á la moda genovesa y atados á unos palos de dos pies de altura.

Rosa y Speranza no contentas con haber regalado á Lucy cada una el suyo, habian hecho otro á sir John para su hija.

— Mirad, doctor Antonio, exclamó Lucy mostrando al doctor su hermosa exposicion de flores.

— Muy bonitos, dijo el italiano; ya tenia yo conocimiento del regalo, y como creia imposible rivalizar con Rosa y Speranza, no os he traído un ramillete, sino una simple flor multiplicada por sí misma.

Y diciendo esto presentó á Lucy una rama de melocotonero en flor que habia ocultado detrás de sí al entrar en el cuarto.

— Es el mas hermoso de todos los ramilletes. ¡Dios mio! ¿Qué precioso es!... exclamó Lucy juntando las manos.

— ¡Magnífico! ¿No es verdad? dijo Antonio. ¿Se puede concebir nada mas elegante que esa corola, nada mas rico que las tintas de estos pétalos que pasan de purpurino mas oscuro al rosado mas tierno?

— Cierto es, repuso Lucy, pero nada de análisis.

— Teneis razon, dijo Antonio; el análisis científico disminuye muchas veces nuestros goces. Todo lo que necesitamos saber es que esto es una obra maestra de la naturaleza.

— Y ahora pienso, exclamó Lucy, en lo que está escrito de la azucena silvestre... y digo que Salomon en toda su gloria no tenia la pompa de una de estas flores.

— A mis ojos, repuso Antonio, esta mano revela la mano de un Criador supremo tan positivamente en su especie, como todas las glorias del firmamento.

— Es verdad, respondió Lucy; es muy extraño que se encuentren personas dispuestas á no ver en todas las maravillas del universo mas que una obra de la materia y el resultado del acaso.

Antonio no respondió, pero clavó los ojos con una ardiente simpatía en la jóven y bella inglesa.

Esta se quedó pensativa con el rostro vuelto hácia el cielo.

No hay palabras que puedan pintar la dulce expresion de la fisonomia de Lucy. Los dos jóvenes guardaron silencio durante un rato; pero jamás sus corazones habian estado en una comunicacion tan estrecha como en aquella pausa.

Antonio fué el primero que habló.

— ¿Habeis leído *Picciola*?

— No; ¿es una novela?

— Una novela de un autor célebre francés, M. de Saintine. Me lo recuerda lo que acabais de decir.

— ¿De qué se trata pues?

— De una flor; la heroina de esta novela es una flor.

— ¿Qué cosa tan extraña!

— Ni mas ni menos; y esa flor desempeña el papel mas glorioso que haya podido atribuirse jamás á una heroina.

— Excitais mi curiosidad, dijo Lucy; ¿me quereis dar algunas explicaciones?

— El argumento del cuento es muy sencillo. El héroe, uno de esos escépticos de que habeis hablado, es un jóven que conspira contra Napoleon, y que por esta causa es encerrado en el fuerte de Fenestrelle. Preso entre las cuatro paredes desnudas de su calabozo, privado de libros, de pluma y de tinta y de toda comunicacion con los hombres, exceptuando el carcelero, el pobre preso no tiene mas que una hora de paseo en un patio interior de la fortaleza. Una vez que marchaba en este triste recinto, su mirada se fija por casualidad en un tallito verde que queria salir por entre las piedras. Al pronto le mira con indiferencia, pero despues cada dia al volver al mismo sitio examina el crecimiento progresivo de la planta y sus esfuerzos por vivir.

Poco á poco se va interesando, y ese interés que crece todos los días acaba por convertirse en una verdadera pasión. Los misterios de la vegetación le llegan al alma al materialista, y la humilde flor viene á ser el escalón que le eleva á la concepción de una causa primitiva. Picciola (pequeña), ese es el nombre que dió á la planta, es por último el misionero que hace un creyente del escéptico.

— ¡Qué historia tan bonita! exclamó Lucy; quiero tener ese libro; ¿y qué planta fué la que operó el milagro?

— El héroe del cuento no pudo descubrir el nombre botánico de esa flor maravillosa.

— ¡Qué lástima! dijo Lucy; yo desearia que fuese una violeta ó un «no me olvidés» ó.... A propósito, doctor Antonio, nunca entre vuestras flores he visto un «no me olvidés.» ¿No los hay en Italia?

— Al contrario, hay muchos.

— ¡Y nunca me habeis traído ninguno! dijo Lucy en tono de reconvención; ¿porqué?...

— A fe mía, lo ignoro, respondió Antonio sonriendo, aunque un poco confuso; quizá he pensado que viéndome tan á menudo no necesitábais esa flor para acordaros de mí.

— La razón es tan mala como presuntuosa, dijo Lucy como si estuviera incomodada; os aconsejo que no confíeis mucho en ella.

La primera vez que volvió el doctor, llevó á la joven un ramillete de esas bonitas flores azules. Lucy le puso en un vaso sobre la mesa que estaba junto á ella, y con un tono entre serio y alegre le dijo señalando á las flores:

— Habeis de saber que soy muy olvidadiza; en tanto que tenga estas flores no os olvidaré.

Si Antonio hubiera tenido la vanidad de un hombre cualquiera, habria podido creer que Lucy queria decir mas de lo que decia; pero no vió en esas palabras de la joven mas que una buena intencion para destruir el efecto de lo que habia dicho con bastante sequedad el día antes.

VII.

SPERANZA.

Con la lectura, la vista del mar, las lecciones de botánica y de guitarra que la habia aconsejado Antonio, y las conversaciones del doctor, Lucy llegó á los veinte días de cama con bastante facilidad y sin quejarse demasiado de lo largo del tiempo.

En suma, la obligacion de guardar cama era el único inconveniente serio que quedaba aun del accidente de miss Davenne. Los dolores que en los primeros días habia sentido por intervalos sobre todo en el pié, habian acabado por desaparecer completamente; su sueño era pacífico, y en resumen, su salud se habia mejorado comparativamente á como estaba antes de la desgraciada catástrofe del camino de la Cornisa.

El vigésimo día pues Antonio hizo su visita mas temprana que de costumbre.

— Vengo á despedirme de vos hasta mañana, la dijo al entrar; tengo que ir lejos de aquí y dormiré en el punto adonde voy.

Lucy oyó con disgusto la noticia.

— ¡Qué largo se me hará el día de hoy! contestó; y no pudo menos de añadir: ¿estais bien seguro de volver mañana?

— Sin falta, repuso Antonio; diré á Speranza que os haga compañía; os contaré cuentos que os divertirán. ¿Os parece que seria conveniente que viera á sir John para decirle que voy á estar ausente veinte y cuatro horas?

— Sí, respondió Lucy con reconocimiento, pues habia notado que existia cierta violencia en las relaciones de su padre y de Antonio, y se prometia que se podrian mejorar si el doctor daba algun paso cerca de su padre.

Hutschin fué enviada como de costumbre á saber si sir John podia recibir al médico, y este despidiéndose de Lucy siguió á la doncella.

Como no tenemos la intencion de dar á nuestro héroe mas generosidad de la que cabe en su carácter, diremos desde luego que la proposicion que acababa de someter á miss Davenne, era una simple cuestion de política. Antonio tenia que proponer un plan á sir John, y deseaba que Lucy no lo supiera por entonces; pero no buscaba un pretexto para verle á solas.

Desde la memorable visita del doctor Yorke y la victoria decisiva de Antonio, sir John, por una extraña aberracion de espíritu, habia considerado al italiano como el autor de todos sus males.

Sir John no estaba bien seguro de que Antonio con su charla con Próspero por el camino no hubiese sido la causa primera del vuelco del carruaje; pero que el italiano hubiese trabajado de un modo ú otro en producir el desagradable estado de las cosas á la sazón, esto estaba muy claro para el inglés, y su resentimiento era proporcionado á la injuria que creia haber recibido.

Las personas bien educadas tienen, como es sabido, mil medios ingeniosos de enviar á todos los diablos á las personas que les incomodan; ahora bien, mas que nadie sir John, el glorioso heredero de una genealogía que tenia una vara de larga, poseia en grado eminente el ser ofensivo con política cuando se lo dictaba su antojo.

Es este un ramo especial de la diplomacia, que se estudia y se cultiva mucho en los salones del gran mun-

do. En esa escuela se aprende el saludo ceremonioso que os arroja á larga distancia; la amable sonrisa que os hiere de un modo tan gracioso; los cumplimientos frios como el luto, y otra porcion de recursos para hostilizar al prójimo, recursos que cuando llegaba la ocasion nuestro inglés sabia aplicar á las mil maravillas.

Un ejemplo de esta aplicacion era el doctor Antonio; pero donde no tenia igual era en la expresion cotidiana de su sentimiento y en sus excusas al doctor por los cuidados que este se tomaba. Se habria dicho que habia jurado sacrificarle á fuerza de dardos emponzoñados.

Antonio, despues de varias tentativas de conciliacion que habian sido infructuosas, se dió por advertido y pagó en la misma moneda. Devolvió los saludos al baron en la misma forma que los recibia, se informaba acerca de la salud de sir John con el mismo tono glacial que este empleaba para informarse de la suya, y se conducia en fin como si no hubiese baron en el mundo.

¡Cosa singular! Esta desagradable situacion se habia prolongado aun cuando las causas que la habian producido habian dejado de existir, es decir, cuando el tiempo, ese gran pacificador, habia calmado los sentimientos de irritacion del anciano gentleman contra el joven facultativo.

La posada, sin haberse transformado positivamente en una mansion de delicias, habia cesado de ser una cama de ortigas como en un principio. Sir John habia logrado instalarse en ella con bastantes comodidades. Recibia todas las mañanas el *Times*, y tenia una buena provision de periódicos literarios de Londres. Un cargamento de grandes butacas, de espejos, cortinas, lámparas, porcelanas, etc, habia llegado de Niza, con mas un cocinero, ¡y qué cocinero! el del último obispo de Albenga, el gastrónomo mas famoso de la Riviera. Por la mala de Niza á Génova su correo le mandaba las cosas á punto para su mesa. Dos vacas de una granja vecina habian sido agregadas á su servicio, y asi es que podia tener para su almorzo una rica manteca.

Nadie le incomodaba ya en sus paseos desde que sabian los aldeanos que el *milordo inglés* no tenia gusto en que le dirigieran la palabra. El alcalde y la mayoría de los consejeros municipales de Bordighera habian ido oficialmente á presentarle sus homenajes, y lo mismo habia hecho un viejo noble á quien llamaban «el conde» que vivia lejos del mundo en su palazzino situado á la otra parte de la colina de Bordighera.

Estas visitas puntualmente devueltas, como era natural, habian lisonjeado agradablemente el amor propio y el sentimiento de importancia personal del baron. Veia al cabo y al fin que estaba en medio de personas que reconocian en él un superior.

De esto habia resultado que habia modificado considerablemente su opinion respecto á la raza italiana en general, y particularmente respecto á la muestra que tenia á la vista en la persona del doctor Antonio. Los elogios continuos de Lucy en favor del doctor por todo cuanto hacia é inventaba para distraerla, y lo que sir John habia podido observar por sus propios ojos, habian hecho sin duda algun efecto en el corazón del padre. Por desgracia sir John tenia demasiado orgullo para dejar adivinar con ninguna señal exterior lo que habria podido tomarse por un paso adelante, y por falsa vergüenza continuaba mostrándose sino tan acerbo como en otro tiempo, al menos tan frío y tan reservado.

Ahora se comprenderá que sir John al salir de su cuarto se excusara del modo mas ceremonioso con el doctor Antonio porque le habia hecho esperar mucho tiempo (justo medio minuto), y que el doctor Antonio declarase á su vez en una frase bastante ampulosa que deploraba mucho haber tenido que incomodar á sir John á una hora tan poco conveniente.

Sobre esto el baron protestó diciendo que estaba al servicio del doctor Antonio, y le suplicó que se sentara.

De aquí una serie de saludos recíprocos seguidos de una lucha para ver quién se sentaria el primero; dificultad que hubieron de zanjar de un acuerdo comun, sentándose los dos al mismo tiempo.

— Muy agradable es para mí, exclamo el doctor con tono un poco enfático, el tener que daros buenas noticias de nuestra interesante enferma; miss Davenne se siente hoy perfectamente.

— Me regocijo oiros hablar así, repuso sir John con el tono de un hombre que hace un acto de la mayor condescendencia, aunque á decir verdad no esperaba yo menos de vuestra habilidad y vuestros cuidados.

Antonio quiso cortar las lisonjas, pero sir John continuó:

— No, no; me permitireis que sostenga lo que digo. Conozco toda la extension de mis obligaciones y el valor de vuestro tiempo, y haré cuanto pueda para probaros cómo comprendo ambas cosas.

— ¿Tendrá por ventura la intencion de pagarme mis lecciones de guitarra y mis conversaciones sobre la botánica? pensó Antonio, y frunciendo el ceño repuso secamente:

— Exagerais la extension de vuestras obligaciones, y en cuanto al valor de mi tiempo es bien insignificante. A fin de evitar todo error en lo sucesivo, os diré desde luego claramente, que de diez de mis visitas, nueve no son medicales, y bajo este concepto excluyen toda cuestion de honorarios.

Sir John hizo un gesto muy teo, y las ventanillas de su nariz se contrajeron como si el viento le hubiese llevado olores desagradables.

Antonio continuó:

— El motivo que me hace incomodaros hoy se refiere á miss Davenne. Miss Davenne, debo hacerla esta justicia, ha soportado con una paciencia admirable y con una dulzura angelical la obligacion en que se encuentra de estar en la cama. Sin embargo, la prueba es penosa, y lo será mas y mas á medida que nuestra enferma se adelante hácia el término de su curacion; he pensado pues un medio de distraerla. Si pudiéramos hacer de modo que miss Davenne fuese trasportada cada día á este balcon á fin de que tuviera mejor vista, mas aire y mas comodidad, creo que seria para ella un gran alivio.

— Sin duda seria un gran alivio, repitió sir John.

— Ahora bien, repuso Antonio, lo que no se podria hacer por otros enfermos en el mismo caso, creo que debe probarse con esperanzas de buen éxito con una persona como miss Davenne, que tiene tanta prudencia y sumision á los consejos de su médico.

— ¿No podríamos tener un canapé en el balcon y llevarla á él todos los días?

— No conviene, respondió el doctor. Preciso es garantizar á miss Davenne contra la probabilidad de hacerse daño aun con un movimiento involuntario. Creo haber hallado un medio que previene todo peligro; hé aquí mi plan, continuó Antonio presentando á sir John un dibujo; es entre cama y sillón, y miss Davenne podrá estar extendida completamente. Este hueco acolchado que está enfrente, es para tener el pié sujeto y al abrigo de todo movimiento; el aparato se pondrá sobre ruedas que la persona sentada en él hará mover á su antojo. Si aprobais mi plan, puedo hacerle ejecutar inmediatamente por un buen carpintero amigo mio (sir John retrocedió al oír esta palabra) á quien veré hoy mismo en el punto adonde voy á permanecer veinte y cuatro horas.

— Vuestra idea es excelente, exclamó el baron; pero ¿estais seguro de que el hombre de quien hablais sea capaz de ejecutarla?

— No lo dudo un instante, contestó el italiano; es un genio en su clase, y hasta cuento con él para las mejoras que pueda haber en mi proyecto. En todo caso, añadió, no he dicho nada á miss Davenne, por si acaso por una causa ú otra no nos sale bien...

— Perfectamente, interrumpió sir John, yo tampoco diré una palabra.

— Gracias; y ahora que tengo vuestra aprobacion, dijo Antonio levantándose, no abusaré mas de vuestro tiempo.

— Permittedme, exclamó sir John levantándose tambien, que os dé gracias con toda mi alma; os debo mucho.

Sir John era sincero entonces, y sus últimas palabras fueron pronunciadas con un tono á que estaba poco acostumbrado el doctor. La constancia independiente del carácter del italiano y su desinterés picaban al orgulloso baron y le agradaban al mismo tiempo. De todas las cualidades de un hombre, la que sir John sabia apreciar mejor, era la altanería.

— En suma, dijo para sí dirigiéndose al cuarto de Lucy, hay un no sé qué de hombre distinguido en ese italiano.

— A la verdad, se dijo el italiano atravesando el jardin, hay algo bueno dentro de ese oso.

De este modo se habian separado los dos mejor dispuestos recíprocamente el uno con respecto al otro.

Lucy hacia cuanto podia para enganar el tiempo, pero sin poder conseguirlo; todo lo que para ella tenia tanto interés cuando Antonio estaba allí, dejaba de tenerlo cuando estaba ausente. El cielo la parecia menos brillante, la mar menos azul...

Dejó á un lado sus libros y sus flores y cayó en su melancolía. Nunca la habia parecido estar tan sola, y como la tristeza presente tiene el privilegio de reanimar la tristeza pasada, en medio de una masa confusa de pensamientos y de imágenes, acudió á su mente claro y distinto el recuerdo de su madre.

A este recuerdo un sentimiento de profundo dolor se apoderó de la pobre criatura. Parecía que por primera vez acababa de descubrir que la faltaba el corazón de una madre para confiarle sus impresiones.

Luego su memoria la llevó á las escenas de su infancia. Su anciana criada, sus juguetes, la pradera, el jardin, todo esto pasaba por delante de sus ojos, y lágrimas ardientes rodaban por sus mejillas.

Lucy estaba muy triste y se preguntaba qué es lo que la ponía tan triste, porque la parecia estar tan sola, porque habia un vacío tan grande en su alrededor. Sus ojos se anublaron, y comenzó á desear que Speranza acudiera á su lado. Speranza era la única compañía que Lucy anhelaba aquella mañana. Speranza que la parecia y que era en efecto tan diferente de Hutschin, á quien miss Davenne no habia apelado jamás como recurso.

Speranza apareció al fin y fué á sentarse á los piés de la cama. Lucy observó que habia señales de lágrimas en sus ojos.

— ¿Habeis llorado, Speranza? la preguntó; ¿y porqué? Speranza quiso negar con un ademán, no podia hablar, tan oprimido estaba su corazón, y luego bajó la cabeza.

— Venid á mi lado, dijo Lucy; ¿qué teneis? la preguntó con su voz mas cariñosa.

La tierna voz de Lucy penetraba el corazón de la pobre aldeana, que sin poder dominarse mas, ocultó su cabeza en el seno de Lucy y prorrumpió en sollozos.

— Decidme por Dios lo que teneis; quizá pueda ayudaros, exclamó miss Davenne estrechando la cabeza de Speranza y llorando ella tambien para consolarla.

— Gracias, señorita, repuso la italiana con una voz entrecortada por los sollozos; Dios os recompense, pero mi pena no admite consuelo.

Y al decir esto, sacó de su bolsillo una carta que presentó á Lucy, y volviéndose á su puesto se cubrió la cabeza con su delantal y se abandonó á su desesperación. La carta de una letra muy clara y menuda estaba fechada en Génova y firmada « Battista » con caracteres enormes y en cierto modo primitivos.

Su contenido era el siguiente :

« Mi querida Speranza : ayer me presenté al consejo de revision y entregué los papeles, esto es, la carta del alcalde de Bordighera y la que tú me has enviado del señor cura. El oficial que y las cartas dijo que eran absurdas; y añadió que debía dar gracias al consejo porque no me declaraba prófugo y me castigaba como

tal. Despues escribieron mi nombre en el registro; de modo que todo está concluido para mí. Ahora tengo que servir cuatro años de marinero en la marina real. Si eso fuera justo, no me quejaria; te diria : « Tú eres jóven y yo tambien : cuatro años pasan pronto : espérame. » Pero he sido tratado con dureza y sin asomos de justicia. Ya se arrepentirán de lo que han hecho; yo me escaparé á la primera ocasion, y me iré á buscar fortuna en algun pais mejor donde haya una justicia para el pobre lo mismo que para el rico. Por consiguiente no debes pensar mas en mí; considérame como un buen amigo que has perdido para siempre. Si te dijese que mi corazon está destrozado, esto no serviría mas que para aumentar tu pena; por eso no te diré nada, nada mas que ¡adios para siempre! He hecho todo lo que he podido para ser un buen hijo y, para

vivir en el temor de Dios y de la Madonna santísima. ¿De qué me ha valido? Tengo ganas ahora de ponerme á jurar y á beber como la mayor parte de mis compañeros, que no por eso están peor, al contrario. Tampoco serviría nada que te escribiera mas. — Dios te bendiga como lo hago yo de lo mas profundo de mi alma, y no olvides en tus oraciones al infortunado

» BATTISTA. »

« P. D. Muchas cosas á la buena madre Rosa y al doctor Antonio. Quería devolverte el rizo de pelo que me diste la noche antes de mi primer viaje á Marsella, y el anillo que cambiamos en la capilla de Lampedusa, pero no puedo separarme de estos objetos. — De veras no puedo. »

Lucy se enjugó los ojos cuando devolvió la carta á



INAUGURACION DE LA IGLESIA ORTODOXA DEL RITO ORIENTAL EN NIZA (12 de enero.)

Speranza que no había cesado de sollozar y de lanzar gemidos.

Aunque bien explícita para Speranza, la carta de Battista era muy oscura para Lucy, que con la curiosidad propia de una niña quiso enterarse de todos los pormenores de aquella historia amorosa. Este deseo produjo muchas preguntas por parte de miss Davenne y muchas respuestas por parte de la italiana, estas últimas entrecortadas de lágrimas y sollozos, que aunque sin duda aumentaron su efecto patético, fueron bastante perjudiciales á su claridad. De estas contestaciones puestas en mejor orden vamos á formar la historia de Battista, teniendo cuidado sin embargo de dejarla en boca de la jóven, para que conserve así su sencillez característica.

(Se continuará.)

Inauguración de la iglesia ortodoxa del rito oriental en Niza.

El 12 de enero ha tenido lugar el primer servicio en la iglesia ortodoxa del rito oriental que S. M. le emperatriz viuda de Rusia ha hecho construir en Niza. La ceremonia principió á las nueve y media y se terminó á las doce.

La emperatriz se hallaba indispuesta y no pudo asistir; pero presenciaron aquella imponente ceremonia S. A. I. la gran duquesa María de Leuchtemberg, las dos princesas hijas suyas, la comitiva de la emperatriz, y casi toda la colonia rusa.

El edificio representa una cruz griega coronada con una elegante cúpula adornada con frescos y estucos.

El santuario está separado de los asistentes con un

enmaderamiento de encina esculpida, que contiene imágenes pintadas sobre fondos de oro, regalo de S. M. El dibujo que damos está copiado de un apunte hecho durante la ceremonia.

E. T.

M. Thouvenel

MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE FRANCIA.

M. Thouvenel (Eduardo) que acaba de ser nombrado ministro de Negocios extranjeros en reemplazo del conde Walewski, es uno de esos hombres que se recomiendan á la estimacion de todos por la elevacion de su carácter así como por sus talentos. Jóven todavía, M. Thouvenel ha dado pruebas de esa madurez de juicio

y de esa viva penetracion que le han hecho tan superior en los negocios públicos.

Apenas tenia veinte años cuando emprendió un viaje á Oriente, en el cual recogió una abundante cosecha de interesantes estudios que publicó primeramente en la *Revue de Deux Mondes*, y reunió despues en un volumen. El buen éxito de esta publicacion colocó á M. Thouvenel entre los escritores mas distinguidos de la Revista.

Poco tiempo despues de su regreso á Francia entró en la secretaria de Negocios extranjeros, y halló en M. de Sage, director político, un justo apreciador de su capacidad y un protector celoso. M. Thouvenel demostró ya entonces su claro entendimiento, llamando la atencion de la Europa sobre las usurpaciones de la Rusia en el Asia menor, y denunciando las consecuencias perjudiciales para el equilibrio europeo del tratado de Unkiar-Skelessi, concluido el 8 de junio de 1833 entre la Puerta y la Rusia.

En 1844 pudo estudiar sobre los mismos lugares la cuestion de los Principados danubianos que debia mas tarde ocupar á la diplomacia europea, y puede decirse que las luces que suministró sobre la situacion y los intereses de ese pais, no dejaron de influir en la política particular del gobierno francés en las conferencias de Paris cuando se fijó



M. THOUVENEL, MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE FRANCIA.

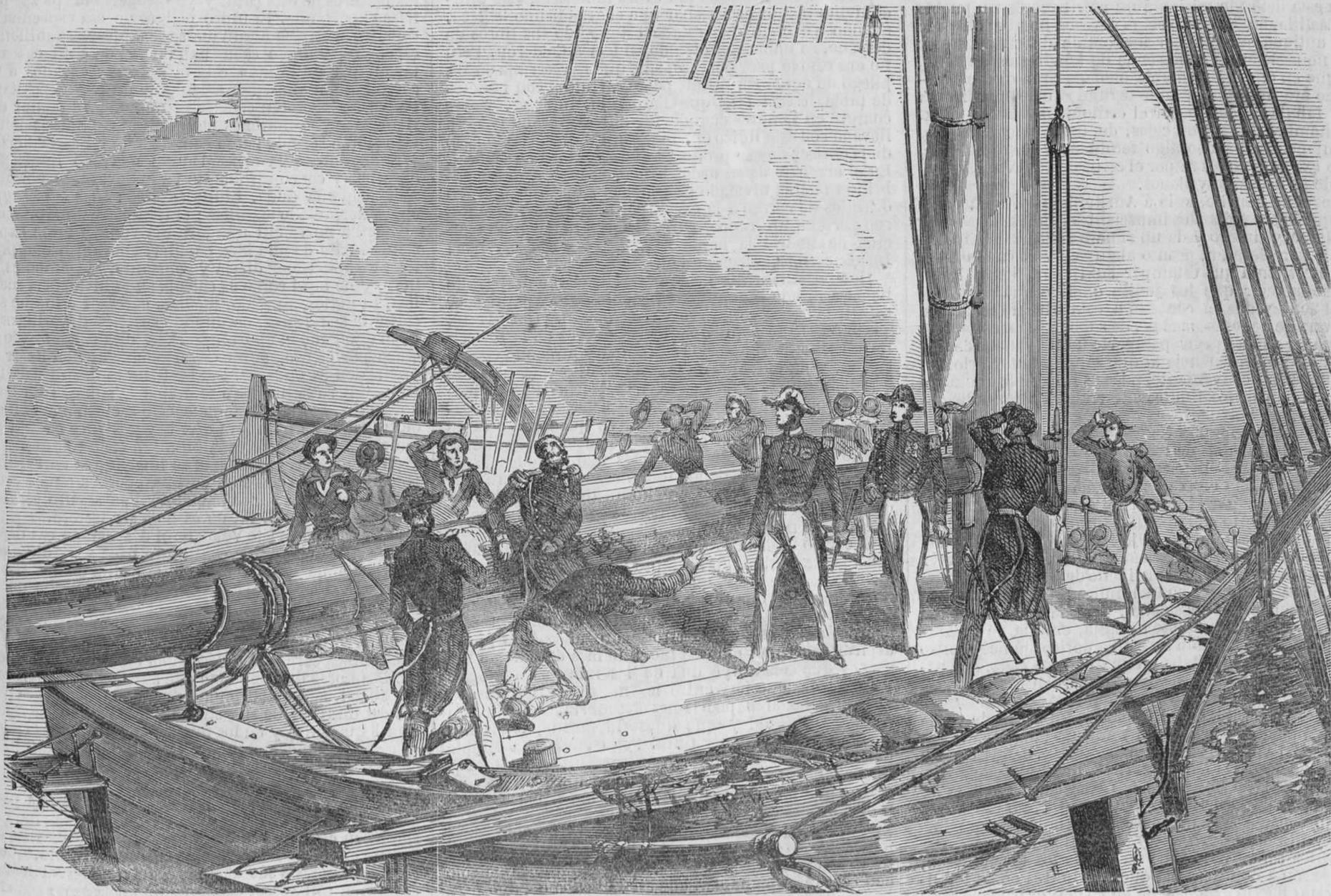
el destino de los Principados danubianos.

M. Thouvenel pasó despues á Bruselas, cerca de M. de Rumigny en calidad de agregado de legacion. En setiembre de 1845 marchó de secretario á la legacion francesa en Atenas, y recibió del rey Leopoldo antes de partir su nombramiento de caballero en la órden fundada por el rey. Despues fué nombrado encargado de negocios y luego ministro plenipotenciario en la misma residencia.

Mas tarde M. Thouvenel fué enviado á Munich como ministro de Francia, y de aquí pasó á la direccion política en el ministerio de Negocios extranjeros, empleo en que se distinguió por sus grandes conocimientos y su mucho tacto en los negocios. Cuando M. Drouyn de Lhuys, á la sazón ministro, debió asistir á las conferencias de Viena en 1855, M. Thouvenel quedó de ministro interino.

Durante el corto tiempo de su despacho, el emperador pudo juzgar del alto valor personal y de la extension de los profundos conocimientos de M. Thouvenel, y le nombró embajador en Constantinopla en 1855. Desde esa época M. Thouvenel ha desempeñado ese cargo importante y escabroso de un modo que ha justificado la confianza del emperador y la estimacion particular que ya debia á su carácter y talentos diplomáticos.

C. M.



EXPEDICION DE COCHINCHINA. -- DESTROZOS CAUSADOS EN LA NEMESIS EN LA ACCION DEL 18 DE NOVIEMBRE DE 1859 DELANTE DE LOS FUERTES DE TURANA.

Vease el artículo en la página 105.)

De omnibus rebus.

Allá por los tiempos de nuestra guerra civil andaban rodando por tierras de herejes una porción de carlistas, no de armas tomar, y uno de cuyos numerosos bellos ideales consistía en realizar un empréstito en provecho del tesoro del llamado rey legítimo. Con mas fe en su causa que conocimientos en lo tocante á la teoría del crédito y á los principios eternos de la economía política, no les cabía en la cabeza que el gobierno constitucional encontrase quien le prestase dinero, y que la causa del Pretendiente no encontrase mas que cara de palo, siendo así que con una generosidad digna de todo elogio y de las que no se paran en barras, se ofrecía, no diré un interés inmenso, sino cualquiera interés, amén de agencia y comision que los prestamistas tuviesen á bien pedir.

Sus reiteradas tentativas les produjeron tan solo grandes cosechas de disgustos y desengaños; y así en Londres como en París, en Amsterdam lo mismo que en Hamburgo y en otros cuarteles generales de la raza israelita y prestadora, no sacaron mas ventaja que la de estudiar minuciosamente y conocer á fondo esa larga y variada familia de actos indefinibles é indemostrables, cuya existencia sintetiza el vulgo bajo el nombre universal de sofiones.

Pero la sabiduría de los siglos ha dicho que el pobre porfiado saca mendrugo; y tanto porfiaron mis hombres, que por fin encontraron, creo que en Amsterdam, una benévola y caritativa asociación de hebreos, que así se cuidaban de la causa de Don Carlos como de los habitantes de la luna, pero que se avino á prestarle un par de millones de duros, al módico interés de tres por ciento, con cincuenta de comision, veinte y cinco de corretaje, y retencion de lo indispensable para cubrir los cupones de los cinco primeros años.

Grande fué el júbilo de mis carlistas al conseguir esta victoria inesperada; y con su habitual conocimiento en materias de crédito y economía, deshaciéndose en elogios sobre la generosidad, amor al trono y afecto á la religion que se descubría en los judíos de Amsterdam. Carlista hubo que declaró, que despues de todo, los judíos no eran tan malos como se decía, que en su opinion, era una fábula y nada mas eso de que tenían rabo, y que quizás habia sido una injusticia el expulsarlos de España. Pero en honor de la verdad, debo decir que este caballero pasaba entre los suyos por mason, liberal y hereje, y que aunque gran admirador de la inquisicion, se hallaba muy bien en pais extranjero, y antes se habria dejado cortar las orejas que aproximarse á veinte leguas á la redonda de la corte de Oñate.

Acordadas las bases del empréstito, los caritativos israelitas exigieron, que una persona debidamente autorizada y con poderes en regla, pasase á Amsterdam á firmar los bonos que se habian de emitir. Escogióse para esta delicada mision á un escribano de un pueblo de Castilla, tan honrado como agreste, hombre chapado á la antigua, consumidor inagotable de cigarrillos, y que no creía en la civilizacion de Londres ni de París, porque en el primero habia oido declarar que el garbanzo era un myto, y en el segundo que el chorizo era una fábula ingeniosa por el estilo de la del ave fénix. Era hombre de espesas cejas, de unos cincuenta años de infancia, de pulso algo temblon, y cuyo nombre, si no exactamente, era por el estilo de don Nemesio Perez de la Redecilla y Cobos.

Llegó mi don Nemesio á Amsterdam, y se encontró con que lo esperaban los impacientes israelitas, armados de pluma y tintero y de un rimero enorme de papeles, que le parecieron al pronto aleluyas, y en cada uno de los cuales tenia que estampar su ilustre firma. Inútil casi seria decir que los judíos querian que empezase en el acto, y que él contestó á esta bárbara exigencia con uno de aquellos *mañana* de sabor tan español, que es una iniquidad pedir pasaporte ú otra prueba de nacionalidad ó procedencia al que sabe pronunciarlo con la entonacion conveniente, pues es imposible que haya nacido fuera de los límites encerrados entre el Pirineo y la raya de Portugal.

Al día siguiente don Nemesio, despues de oír misa, se entregó en manos de los enemigos del Señor, y empezó la tarea de la firma de los documentos. Renuncio, porque mi paleta carece de los colores necesarios para hacerlo, á describir el horror, el asombro, la incredulidad, el espanto con que los hijos de Moisés vieron desarrollarse lentamente bajo la temblorosa mano del escriba el misterioso logogrifo de « Don Nemesio Perez de la Redecilla y Cobos, escribano de S. M., » y por debajo de esta friolera, una complicada firma, prodigio de enmarañadas sinuosidades, y al lado un ingenioso signo, especie de templete de tinta, en que se combinaban armoniosamente los estilos dórico, jónico, gótico y árabe, y que remataba en una elevada cruz, que ascendía majestuosamente á esconder su frente en las regiones nebulosas del vigésimoquinto cupon.

Un boa constrictor, un tamagaz, un cobra de capello, una culebra de cascabel, y aun un fabuloso dragon con media vara de llama por lengua, y arrojando los vapores del azufre por las narices, que hubiesen desarrollado sus largos pliegues de repente á los pies de los hijos de Israel, no les habria causado tanto espanto y asombro como esta complicada combinacion de nombres y títulos, geroglíficos y signos nigrománticos. Por todos los santos del cielo, dado que los reconociesen, suplicaron á don Nemesio que suprimiese en su totalidad éstos floreos artísticos, y en su mayor parte la serie de sus nombres, capaz de monopolizar el calendario.

Mas todo fué inútil. Don Nemesio era hombre de conciencia, y por largo tiempo no quiso ceder ni medio perfil. Despues de largas negociaciones, lo único que se consiguió de él fué que aligerase el majestuoso edificio del signo suprimiendo la parte gótica y rebajando la cruz al nivel del décimocuarto cupon; pero de aquí nadie pudo sacarlo, y declaró que este era su *ultimatum*.

Entonces los oriundos de Jerusalem vinieron á cuentas. Con reló en mano y ojos fijos en don Nemesio, que iba caminando lenta y escrupulosamente por medio del laberinto caligráfico hasta rematar en la cruz, hicieron el cálculo siguiente: deducida la misa diaria, el mazo de cigarrillos, la majestuosa y laboriosa limpiadura de las gafas y la siesta, queda un líquido de tres horas al día útiles para el trabajo de don Nemesio; este invierte en cada firma dos minutos y veinte y tres segundos; hay que firmar tantos miles de bonos; ergo la operacion de la firma exige tres años, dos meses, cuatro días, despreciando horas, minutos y segundos, y para cuando se haya acabado, « el rey, el asno ó yo nos moriremos. » Don Carlos estará en el palacio de Madrid ó en la emigracion, y nosotros quizás camino de Palestina, de resultas de un telégrama anunciando la llegada del Mesías. Es pues imposible realizar el empréstito, y don Nemesio puede irse con la música á otra parte.

Así fracasó el gran empréstito carlista, y excuso decir que sus negociaciones no se vieron en otra. Doble contra sencillo apostaria, y aun quintuple contra semi-sencillo, que es mucho apostar, á que el lector no adivina con qué fin he referido este suceso, ni qué es lo que lo ha traído á la memoria. Como tengo ganada la apuesta, quiero ser generoso, y se lo voy á explicar con toda exactitud.

Hallábame yo en París no hace muchos días. Mi mujer me habia declarado con repeticion que Madrid era un pueblo semi-bárbaro, donde era absolutamente imposible encontrar una crinolina que pudiese usar sin abochornarse una mujer con pretensiones de elegante; y me habia amenazado con una separacion *à mensa et thozo*, pero muy particularmente *à thozo*, si no la llevaba á París con el único y laudable objeto de comprar en aquella ilustrada capital uno de aquellos productos, perfectos en todas sus partes. Sucumbí, como no podia menos de ser. Recorriendo allí el *Bois de Boulogne* y los teatros, y los monumentos públicos, y los museos, y otros adherentes subalternos al objeto principal de nuestro viaje, recibí de Madrid una carta de un maldito sobrino que me ha dado, no Dios, sino el que da sobrinos, en la cual me anunciaba, que abandonando los estudios universitarios, habia sentado plaza en un batallon de cazadores, y se marchaba á la guerra del moro, prometiéndome solemnemente y para mi consuelo, que me traeria tres ó cuatro monas de las mejores que produjesen los alrededores de Tetuan.

Sobre el disgusto que me causó la noticia, este ofrecimiento me hizo sospechar que el grandísimo bellaco, cuando yo creía que estaba estudiando sus libros de derecho, se habia entretenido en leer á Calderon. Pero no era esto lo peor del caso, sino que me escribia en un pliego de aquel riquísimo papel cartulina con honores de tabla, *cream laid* que llaman los ingleses, y que compré en Londres cuando fuí allí el verano pasado, llevado con este único objeto por mi mujer, con motivo de la escasez de ese producto que se notaba en Madrid. En el arrebato de su ardor bélico, el bribon de mi sobrino se habia olvidado de poner el suficiente número de sellos de correo á la carta, por lo cual me aumentaron por ella un franco, y me hicieron notar que la oficina de Madrid la habia adornado con esta leyenda: *Insuficientemente franqueada*.

¡Insuficientemente franqueada! exclamé despues de haber aspirado la cantidad suficiente de aire para poder repetir la frase de una vez y sin tropiezo. ¡Qué es esto, Santo Dios! ¿Será que don Nemesio Perez de la Redecilla y Cobos ha reconocido á la reina y jurado la constitucion, y ha obtenido en premio de esto una plaza de escribiente en el correo central de Madrid? Porque fuera del concienzudo escribano de Amsterdam, no conozco español alguno que no prefiera quedarse cesante veinte veces á correr el riesgo de encontrarse diariamente en presencia de cien cartas mal franqueadas, y tener que ir las adornando una á una con tan formidable leyenda, perdiendo en ello un tiempo precioso, y dando á los extranjeros tan triste idea de la vana pomposidad de nuestras formas oficiales.

El correo inglés usa en estos casos la fórmula breve, sencilla, expresiva, algun tanto brutal si se quiere, de *more to pay*, es decir, hay que pagar mas. Nueve letras donde nosotros empleamos veinte y siete, y despues de todo sin expresar con tanta claridad lo que queremos decir. Verdad es que nuestro sonoro idioma no puede aspirar á la concision casi monosilábica del idioma inglés, y que constituye una de las infinitas analogías y afinidades que hay entre los ingleses y los chinos; pero al cabo algo podriamos descubrir mejor que esa frase descomunal y que dijese lo mismo, sin tanto despilfarro de tiempo y tinta. Por ejemplo, la simple palabra *exceso*, expresaria nuestro sentido tan bien ó mejor que el insuficientemente franqueada, y estoy seguro que los empleados de correos la aceptarían, esta ú otra mas ingeniosa, como una obra de caridad; y si yo tuviese, que no la tengo, la habilidad calculadora de los judíos de don Nemesio, les habia de explicar el número de semanas, días, horas y minutos, que solo con esta reforma habian de ganar al cabo del año para aplicarlos á cosas mas útiles.

Como la crinolina no se encontraba, tuve tiempo so-

brante para meditar sobre el caso y averiguar la razon filosófica de la introduccion de esa fórmula mastodónica en el vocabulario oficial de nuestro correo. Hé aquí el fruto de mis profundas meditaciones.

En este caso se hallan reflejadas tres de las peores tendencias de la sociedad española. Primera y principal, la ciega imitacion de todo lo francés, con abdicacion absoluta de la razon propia, que solia no ser mala en otros tiempos. El correo francés dice: *affranchissement insuffisant*, y á nosotros no nos ha quedado mas ingenio que el necesario para traducir al pié de la letra. ¡Oh! y cómo me siento inclinado á salir por esas calles proclamando una guerra de la independencia literaria, dramática, artística, filológica, económica; matando franceses con Cervantes rayados y Jovellanes de á sesenta y ocho, y miniés de Murillo y Velazquez, y con la esperanza de que si me matan, mis compatriotas me entierren bajo un Dos de Mayo compuesto con las obras completas del Fénix de los ingenios.

La segunda tendencia á que aludo, es nuestra verbosidad incorregible, que tantos discursos insustanciales produce, y que auxiliado por la fatal armonía y el peligroso esplendor de nuestro magnífico idioma, da exterioridades de orador á cualquier zote recién exportado de un oscuro pueblo de provincia, y le llena la cabeza de ridículas ambiciones. La tercera, por fin, es el escaso, ó mejor dicho, el ningun valor que entre nosotros tiene el tiempo.

Cuántas veces, despues que volví de Inglaterra, y muy especialmente cuando viene, como ha sucedido año tras año y mes tras mes, el cobrador de nuestra famosa mina la « Superhiendelaencina y potosí » á extraerme el dividendo pasivo, cuántas veces he exclamado: ¡Señor! ¡Qué hombre tan rico seria yo si fuese realizable la operacion sencillísima de recoger y exportar todo el tiempo que nos sobra en España, para llevarlo y vendérselo á los ingleses, á quienes tanta falta hace! ¡Oh inagotables veneros de la Puerta del Sol, donde se acumula en espesas capas el tiempo perdido por tantas generaciones, y cuyas riquezas en este género aumentan todos los días! ¡Oh monótonos pueblos de Castilla! ¡Oh pobladas soledades de Andalucía! ¡Qué California, qué Australia, qué Golconda, qué Méjico serian capaces de rivalizar con los tesoros que yo extraeria de vuestro seno! ¡Y qué fabulosos precios no me darian los ingleses por un producto para ellos tan escaso!

Ni siquiera tendria que invertir un capital en salarios de brazos auxiliares, porque mis benévolos compatriotas me lo darian todo hecho. Calculando por lo bajo, se levantan diariamente en España un millon de seres humanos de ambos sexos, y de toda edad y condicion, que se dedican exclusivamente á lo que llaman matar el tiempo, como quien mata chinchas, pulgas, cucarachas y otros insectos nocivos. Ellos se contentarian con los placeres de esta caza, y yo recogeria las piezas para ir las exportando. El único peligro de esa especulacion consistiria en que algun día se levantase ese millon de españoles, y dijese cada cual, en vez de « vamos á matar un par de horas » esta otra frase: « vamos á ver cómo nos ganamos honradamente un par de pesetas. » Pero no serian tan crueles conmigo. ¡Aumentar diariamente ocho millones de reales al capital nacional! Esto sí que seria la ruina completa de mi especulacion.

En cuanto á la capacidad del mercado inglés para absorber y consumir cuanto yo le llevase, no abrigo la mas pequeña duda. El inglés dice: *time is money*, lo cual interpretado significa: el tiempo es dinero. Y este apotegma no es allí una fórmula vana, ni una expresion concisa de una idea popular, sino un hecho práctico, de aplicacion diaria y constante. El tiempo es dinero, y hé aquí cómo se calcula su equivalencia metálica. El inglés, abogado, médico, corredor ó lo que sea, consulta sus libros, porque todo inglés lleva libros, y ve lo que ganó el año anterior. A esta suma añade un cinco por ciento, porque las ganancias han de ir en progresion ascendente. El año tiene tantos días de trabajo, y por este número se divide la suma. Toca tanto á cada día. El día consta de cuatro ó cinco ó mas horas de trabajo, y una nueva division nos dice cuánta ganancia corresponde á cada hora y á cada minuto.

¡Oh, si este sabio sistema se introdujese en España! ¡Cuántos quebraderos de cabeza, cuántos malos ratos, cuántas palabras vanas ahorraria á su seguro servidor Q. B. S. M.! — ó S. P., en caso de ser lectora.

Mil veces han visto Vds. en mi despacho á esa deplorable señora mayor, de contestura flaca y agresiva, cuya afilada nariz parece como la quilla de un navío, destinada á abrirse paso por el agitado oleaje de mi impaciencia, mujer de locuacidad incansable, que vive en estado de perpétua hostilidad con mi criado porque le niega la puerta, pero que siempre lo vence con las irresistibles cargas á la bayoneta de su lengua viperina. Dos horas diarias tengo que aguantar de charla insustancial, adornada con la relacion de todas las virtudes del difunto, de su actual miseria, de las persecuciones que sufre y de los medios de que nos podriamos valer para obtener el monte pio á que tiene tan indudable derecho, por lo mismo que nadie se lo quiere reconocer.

Pues nada digo de aquel otro litigante de mis peccados, á quien defendiendo un pleito, y que tambien me consume con escrupulosa exactitud, dos horas diarias y la paciencia. Todos los días me refiere la historia, que sé mejor que él, de sus derechos; hay que repetirle las cosas cien mil veces; consume una docena de cigarrillos, y es de aquellos hombres de gravedad asnal, que nunca se sonríe, que se oyen á sí mismos, y que terminan

cada pausada frase con un majestuoso « ¿estamos? » que me conmueve todo el sistema nervioso.

Ni quiero acordarme de aquel otro pretendiente teñaz que, porque tengo una prima casada con un oficial décimoquinto de la clase de décimononos de una dependencia pública, cree que soy el hombre de mas influjo de España, y desea conseguir, á fuerza de quemarme la paciencia todas las noches, que obtenga para sus dos hijos plazas de meritorios en la susodicha dependencia. Muchas veces estoy por decirle: « déjese Vd. de empleomanía, don Gregorio, y busque Vd. para sus hijos trabajo honroso é independiente. Ponga Vd. á Cleto en un comercio de paños, aunque tenga que empezar por barrer la tienda, que la nacion tiene mas necesidad de horteras que de meritorios, y los primeros producen, mientras que los segundos no hacen mas que consumir; ponga Vd. á Canuto en el ferro-carril del Sud-Oeste, y que aprenda á manejar una locomotora, aunque se le llenen las manos con los honrosos callos del trabajo manual. Estos son los hombres que necesitará la España de nuestros hijos, y crea Vd. que la antigua raza de pretendientes no sirve para nuestras actuales necesidades, y pronto tendrá que convertirse en un producto fósil. » Pero no me atrevo á decirselo, porque don Gregorio pertenece á la aristocracia de su pueblo, y considera deshonoroso todo trabajo que no esté retribuido con un sueldecillo del tesoro, y como desconsoladora toda perspectiva que no ofrezca en el porvenir los interesados y accidentados azares de un ascensito por favor un dia, y una cesantía indefinidamente prolongada otro.

Vieja locuaz, litigante prolijo, pretendiente incansable; á ellos y á todos los de su raza quisiera verlos sometidos al método inglés, invadiendo el despacho de uno de mis colegas en Lóndres. ¿Se les ofrecia á ustedes algo? Esperen Vds. un momento. Mi hombre pone el reloj sobre la mesa y ve qué hora es. Vieja, pretendiente y litigante pueden ya soltar los registros, y levantar las compuertas, y charlar cuanto les dé la gana, seguros de que no sufrirán interrupcion. Ellos pararán alguna vez, y cuando paren mi hombre volverá á mirar el reloj y tomará un apunte. ¿Habló Vd. tantos cuartos de hora? — Pues debe Vd. tantas libras. ¿Consumió Vd. tantos minutos? — Pues debe Vd. tantos chelines. Mi tiempo tiene su precio fijo, y se lo vendo imparcialmente á todo consumidor, sin meterme á averiguar si es un Ciceron ó si es un posma. Mi tiempo es mi capital, mi hacienda, mi mina; y en cuanto á darlo de balde, por amistad ó por cualquier otro motivo, tan racional seria esperar que repartiase billetes de Banco gratis del de España á todo el que tuviese la amabilidad de ir á dar un rato de conversacion al cajero.

Yo aseguro que vieja, litigante y pretendiente no resistirian á dos aplicaciones de este método higiénico, y quedarían radicalmente curados de una vez y para siempre, con gran beneficio de la cosa pública, interesada como lo está en que yo y todo ciudadano invirtamos nuestro tiempo de una manera útil, provechosa y literativa.

No sé si me ajusto yo á estos deberes filosofande de esta manera episódica á propósito de nuestra afición á usar vocablos descomunales y á malgastar el tiempo. Por si acaso, pongo aquí punto á mi tarea. No quiero que un crítico salga diciendo que soy insuficientemente divertido y superabundantemente fastidioso.

L. A. CÓNICO.

Amor predestinado.

Ah! c'est elle! ó mon cœur, tu ne peux t'y tromper; Nulle autre d'un tel coup ne pouvait te frapper!

LAMARTINE.

¡Oh cuán hermoso y bendecido día
Es aquel en que encuentra el hombre triste
La imágen que en sus sueños concebía

Las dichas que anheló!
Esclavos de la ley de su destino
Dos seres que jamás se conocieron,
Dánse la mano en medio del camino
Y se dicen su amor.

Entonces uno al otro se murmuran
Palabras misteriosas al oído,
Y un porvenir de venturanza auguran
Mirándose los dos.

Se dicen los delirios que tuvieron,
Las lágrimas que á solas derramaron,
Y cuántas quejas á los aires dieron
Y el viento se llevó.

Se recuerdan sus penas ó su gloria,
El curso breve ó lento de la vida,
Los episodios de una bella historia
En época anterior;

El cásto fuego que en sus pechos arde,
Y su perenne afán... y se lamentan
De haberse hallado demasiado tarde
Del tiempo que pasó.

¡Qué grato es este encuentro! ¡Cuántas cosas
Dulces al corazón en tal momento,
Despiertan intenciones generosas,
Y una y otra ilusion!

Digalo yo que al borde de un abismo
Cuando menos pensaba, hallé en un ángel
La mitad que buscaba de mí mismo,

Mi postrimer amor.

Hallé por fin, el bien que yo queria,

Mi columna de fuego por la noche,

Mi columna de sombras por el dia,

Mi sueño y mi pasion.

¡Es ella! — dije yo, la verde palma

De mi esperanza, mi ilusion mas bella.

Es ella, ¡sí! — me respondió mi alma:

— ¡Es ella! sí, ¡es ella!

Hermosa realidad de mis amores,

Astro escondido en una nube parda.

Encarnacion de un sueño de oro y flores,

El ángel de mi guarda.

¡La imágen es que concebí á mis solas

Al rayo tibio de la tarde, cuando

Friste y errante sobre azules olas

Iba yo navegando.

¡Eres tú! — dije al verla; y ella exclama

— ¡Es él! ¡es él! mi bendecida estrella

El ser desconocido que me ama...

Y yo repito: — ¡es ella!

Se le escapa mi nombre en un suspiro,

Tiembla, se turba y con secreto anhelo,

En el perfume de su labio aspiro

Un perfume del cielo.

Me reconoce por instinto y siente,

Planta en un vaso de cristal nacida,

Por sus venas correr como un torrente

La savia de la vida.

Comprendió mis delirios, y mis rimas

Siempre á morir á sus oidos fueron,

Y cuando andaba yo por otros climas

Sus ojos me siguieron.

¡Qué ajeno estaba yo de tanta gloria!

¡Qué ajeno, sí, de su pasion secreta

Y de tener altar en su memoria,

Solo por ser poeta!

Antes que yo llegara, lentamente

Su existencia en silencio discurria,

Y en su serena y nacarada frente

Ninguna sombra habia.

Pero le hablé de un porvenir florido

Y me escuchó con natural empeño,

Tenté á mover su corazón dormido

Y despertó del sueño.

Mi espíritu de bronce doblegado

De su hermosura esclavizar se deja,

Y desoye en los tiempos que han pasado

Una voz que se queja.

La rica luz que de sus ojos lanza

Borra mis juveniles desacuerdos,

Y surge encantadora la esperanza

Del mal de mis recuerdos.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La cacería imperial en el bosque de Marly. — Traje propuesto para las carreras de caballos. — Dos palabras sobre la antigua casaca bordada. — El traje de Alfonso Karr. — Los uniformes bordados de oro en la corte. — Uniforme de un español en Tullerías. — Opinion de un moralista alemán sobre las jóvenes francesas. — Presentacion de unas narices. — Descripcion del figurin de este número que representa trajes de paseo.

Ha habido una gran cacería imperial en el bosque de Marly, á la que estuvieron convidados los señores Rostchild, Bacciochi, general Fleury, marqués de Teulongeon y el conde Walsh. En esta cacería se mataron unas 700 piezas, entre ellas 46 perdices que mató el emperador. El bosque de Marly es el mas pintoresco de los que constituyen el patrimonio imperial. Marly tiene la ventaja de encontrarse lejos de las líneas de ferro-carriles, y por consiguiente es preciso un carruaje para ir á él. Su extension es muy grande; y el terreno muy desigual, y el pais poblado de grandes recuerdos.

Se trata de crear un traje particular para las carreras de caballos, que se compondria de una casaquilla con cuello de terciopelo y con faldones de levita muy corta. Con ella se llevaria un chaleco muy largo formando faldetas y un pantalon estrecho.

Si he de decir mi opinion, no voto por este traje. Se me figura que un hombre que quiere distinguirse no puede ponerse ese traje. ¿Porqué no se resucita la casaquilla bordada con el sombrero de plumas? — Se me dirá que es imposible; pero á esto contestaré que bien se lleva uniforme para los bailes de Tullerías. La casaca bordada establece al punto la diferencia entre un hombre de tono y un hombre vulgar; los hombres ridiculos con ella se dispensarian de gastarla.

Paris, que se llama la ciudad del progreso en todas las cosas, hace cuanto puede para contener la elegancia en el traje del hombre. Cada cual debería vestirse á su modo, y así se veria el gusto de cada uno.

Alfonso Karr, el celebrado escritor francés, autor de una pieza que se representa hoy en el Vaudeville con gran éxito, ha venido de Niza, donde tiene su domicilio, y se ha presentado en las reuniones donde es solicitado como todo hombre de talento, vestido con su blusa de terciopelo abotonada hasta la corbata y su pantalon gris perla. Su única coquetería era la cinta roja colocada en el punto donde está por lo regular el lazo de la corbata.

Por las calles se pasea con capa de paño pardo y un sombrero á la Garibaldi.

El hombre es pues quien da valor al vestido, y no el vestido quien hace al hombre, como dice el proverbio.

A propósito de casacas bordadas, en el último baile de la corte se han visto algunas de terciopelo color de violeta con bordados lujosos. Una de las que mas llamaron la atencion era de terciopelo negro con bordados de oro y plata y algunas perlas. El calzon corto llevaba una banda de oro y plata con hebillas de diamantes en la liga. Llevaba esta casaca un español pariente de la duquesa de Malakoff.

Entre los uniformes extranjeros los mas hermosos eran los de la embajada de Persia, y los de dos húsares de la guardia imperial rusa. Pantalon azul celeste ajustado, botas á la Souwaroff, levita encarnada bordada de oro, esclavina de marta prendida en el hombro y gorro de marta.

Tambien habia circasianos al servicio de la Rusia, oficiales de las milicias rusas, caballeros, guardias del czar, escoceses con las piernas desnudas, griegos, húngaros, horse-guards, riflemen, lanceros piemonteses, dragones españoles, daneses, toscanos, etc.

Un moralista alemán al salir del baile de Tullerías hizo á un amigo suyo la reflexion siguiente:

— Nunca me casaré en Francia.

— ¿Y porqué?

— Porque mi fortuna es modesta, y con ella no tendria bastante una jóven de vuestro pais. Son encantadoras, pero las desafío á que tengan economia en sus casas.

— ¿Cómo lo sabeis?

— Juzgo por lo que veo. ¿Cómo queréis que unas jóvenes que prodigan á nuestras miradas con tanta generosidad el tesoro de sus hombros, se muestren mas avaras de otros bienes que son infinitamente de menos valor?

Hé aquí una anécdota que ha divertido bastante la otra noche á varias personas.

Era en una brillante reunion; á eso de las diez se presenta un jóven perfectamente vestido, de buena figura, un tipo distinguido, pero con unas narices descomunales, las del soneto de Quevedo.

Sin embargo, ¡cosa singular! este apéndice gigantesco no afeaba su fisonomía.

El jóven se va derecho á la señora de la casa, y despues de hacerla una reverencia muy cumplida, la dice:

— Con mucho gusto han aceptado vuestro convite; es una honra de que querian ser mas dignas...

La señora de la casa, persona muy distinguida, pero tímida aun porque es muy jóven, se turbó un poco, y creyendo que habia oido mal, preguntó:

— ¿Qué decis?

— Digo que os estarán agradecidas eternamente por haber tenido entrada en vuestro salon.

— No comprendo; ¿de quién hablais?

El jóven se echó la mano á las narices.

— ¡Cómo! .. ¿Sabeis?... ¡Qué indiscrecion!...

Y se ocultó el rostro con el pañuelo.

Parece ser que esta señora habia visto al jóven en cuestion unos dias antes en casa de su hermana, y habiéndole gustado con nariz y todo, escribió á su hermana lo siguiente:

« ¡Qué par de narices! Convidalas á mi reunion de mi parte. »

La hermana creyó que seria una buena broma enviar este billete al jóven, y así lo hizo.

A falta de novedades, hé aquí la descripcion de nuestro figurin que representa trajes diferentes.

El primero es un jóven de treinta años con un elegante sobretodo Dorsay de una forma casi ajustada. Toda la prenda va forrada de galon de seda; el cuello es de terciopelo.

Este sobretodo Dorsay se lleva solo con un chaleco de chal subido de bonita felpilla de seda ó de terciopelo de fantasia. El cachemira de un grano grueso sienta admirablemente bien para chaleco.

Pantalon gris y negro adornado con una lista estampada sobre el lado. El corte del pantalon presenta una forma nueva. Corbata larga de seda color de castaña y gris perla.

El segundo personaje lleva un traje menos severo. Se compone de una levita de paño negro con dos hileras de botones. Las solapas son de una anchura ordinaria. Chaleco y pantalon de satin gris. El chaleco de pequeño chal se cierra con seis botones. El pantalon cae naturalmente sobre el pié. No es muy largo para que se vean los botines de tela como la del chaleco. Corbata azul y guantes de color de paja.

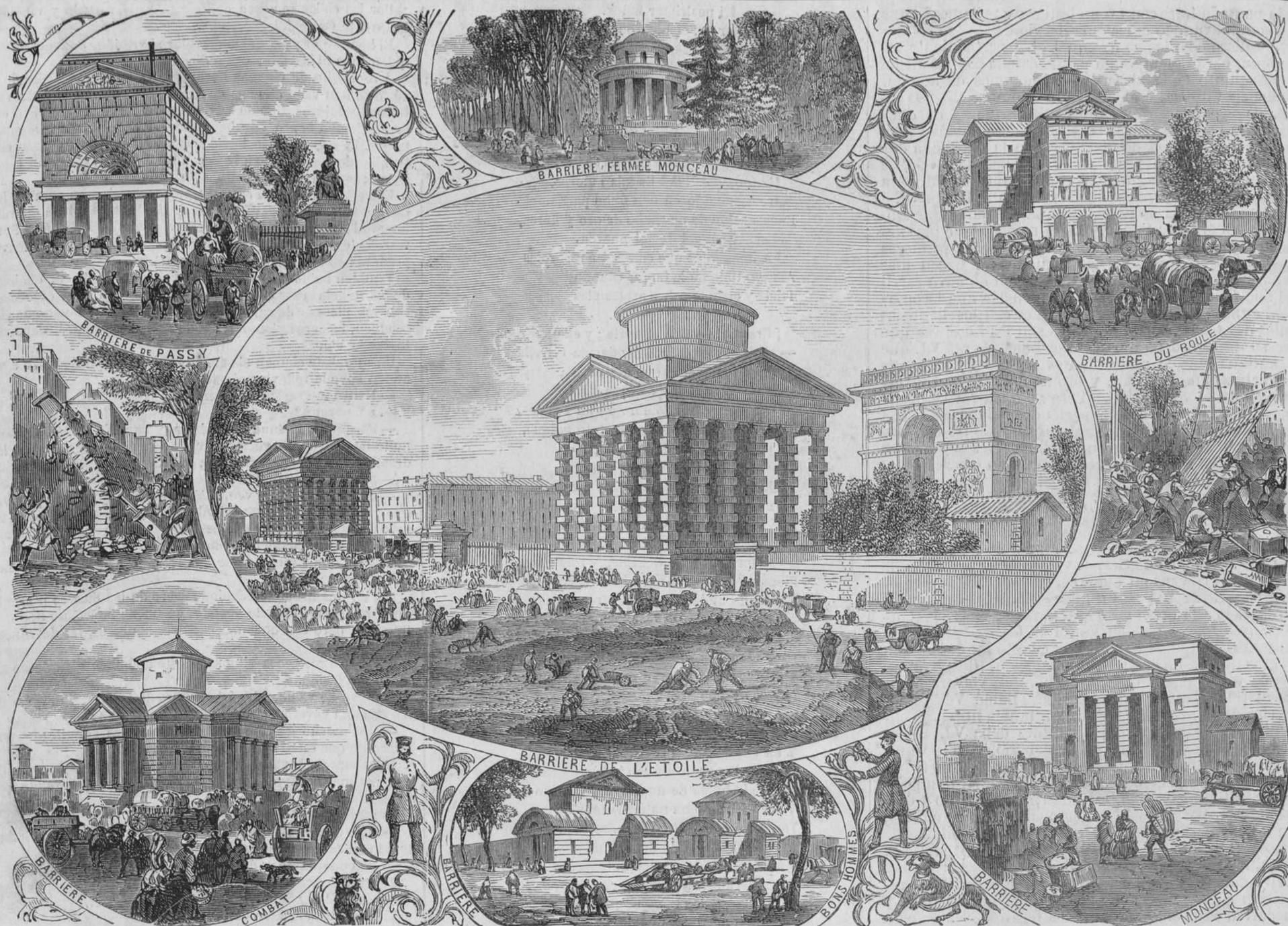
El tercer personaje va vestido de un modo que recuerda al primero. Lleva el sobretodo Dorsay; chaleco de fantasia abotonado en toda su altura; pantalon de cuadros color de ave-lana, ancho de piernas y casi justo por abajo. Corbata de color de castaña y guantes paja.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Demolicion de la muralla de Paris.

La demolicion de la muralla de Paris comenzada hace pocos dias está concluida casi por todas partes. Los procedimientos de demolicion han progresado mucho en los últimos años. Los trabajadores gastan en el dia la mitad del tiempo que gastaban antes.

Es curioso ver cómo en algunas horas se vienen abajo trozos enteros de muralla; abren una zanja horizontal á dos pies de la tierra por el lado por donde debe desplomarse el muro; por el lado opuesto varios gatos arqueados contra la muralla operan simultáneamente un gran peso, y á los pocos instantes de trabajo la masa desaparece en una nube de polvo: 25 kilómetros de magníficos baluartes aparecen ahora á nuestras miradas. La villa de Paris tiene grandes proyectos sobre esa magnífica via. Habrá hermosas plazas delante de las calles importantes, principalmente en los sitios que van á dejar vacíos los antiguos pabellones del resguar-

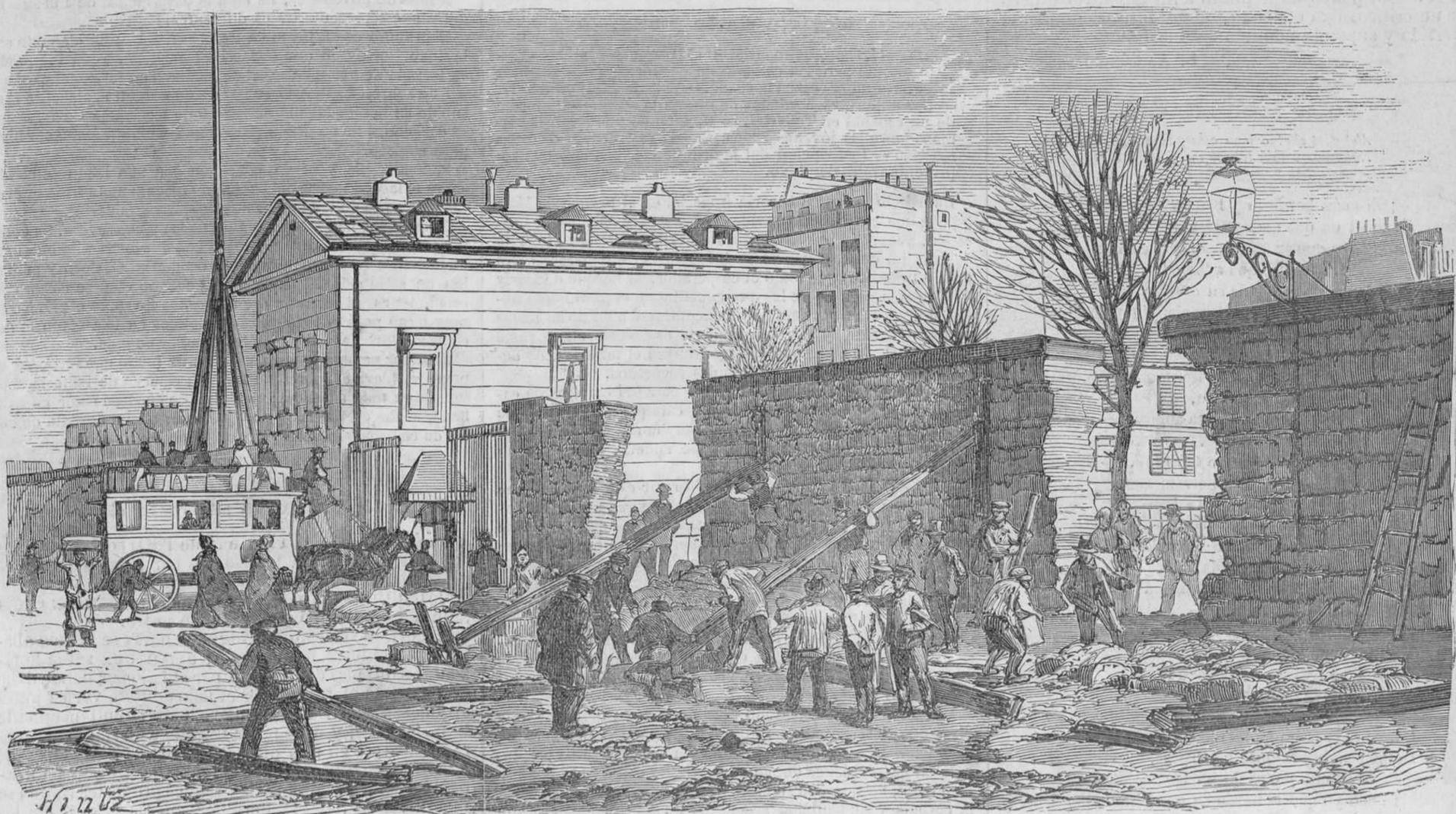


LAS ANTIGUAS BARRERAS DE PARIS CON LOS PABELLONES DEL RESGUARDO.

do que se ven figurados en nuestro dibujo. Se establecerán dos calzadas, una para los carros y otra para los coches, dejando en medio una via plantada de árboles para los transeuntes. A mayor abundamiento habrá

otras vias laterales á las casas y cubiertas de asfalto. Entre otros proyectos hay el de establecer en el Trocadero en el remate del boulevard del Rey de Roma una magnífica plaza en anfiteatro que dominará el

Campo de Marte, y desde la cual cuatrocientos mil espectadores podrán contemplar las fiestas, revistas ó armonías que tienen lugar en ese circo inmenso. A. D.



DEMOLICION DE LA MURALLA DE PARIS.